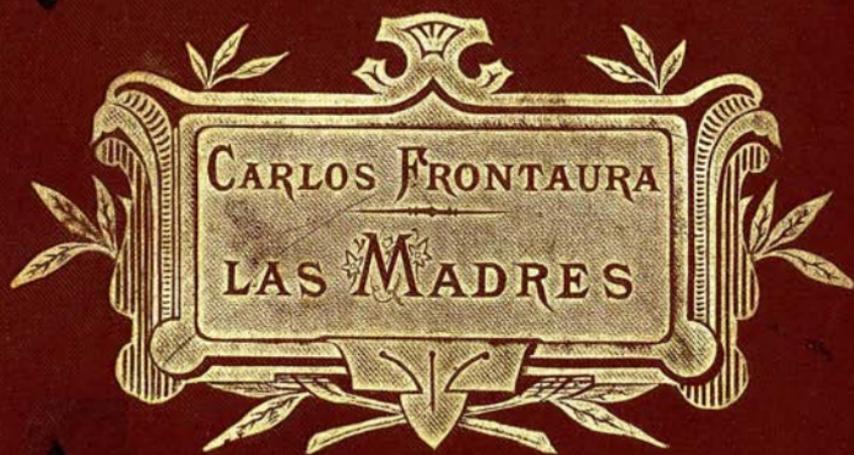


BIBLIOTECA
DE  SOCIEDAD

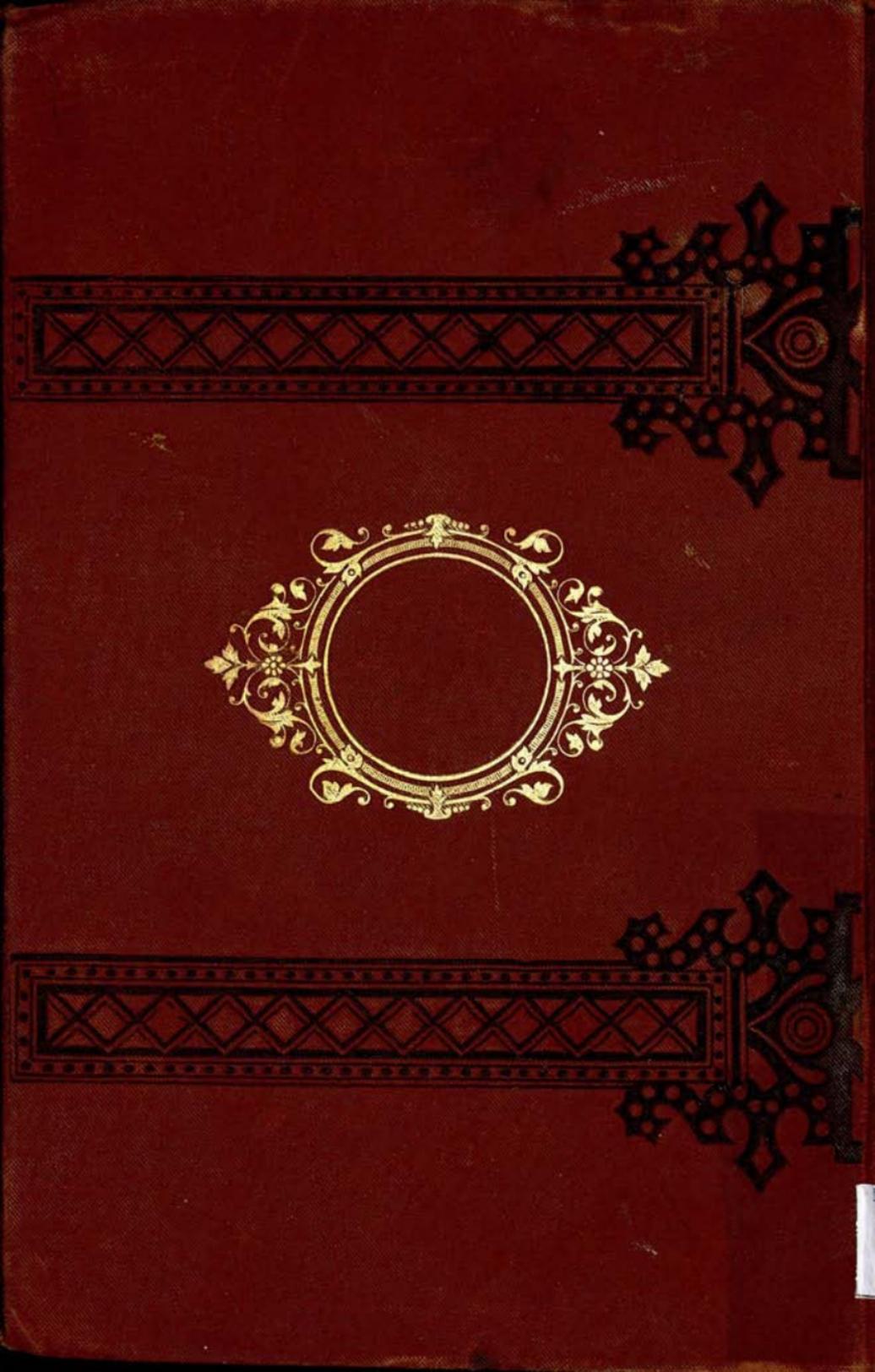


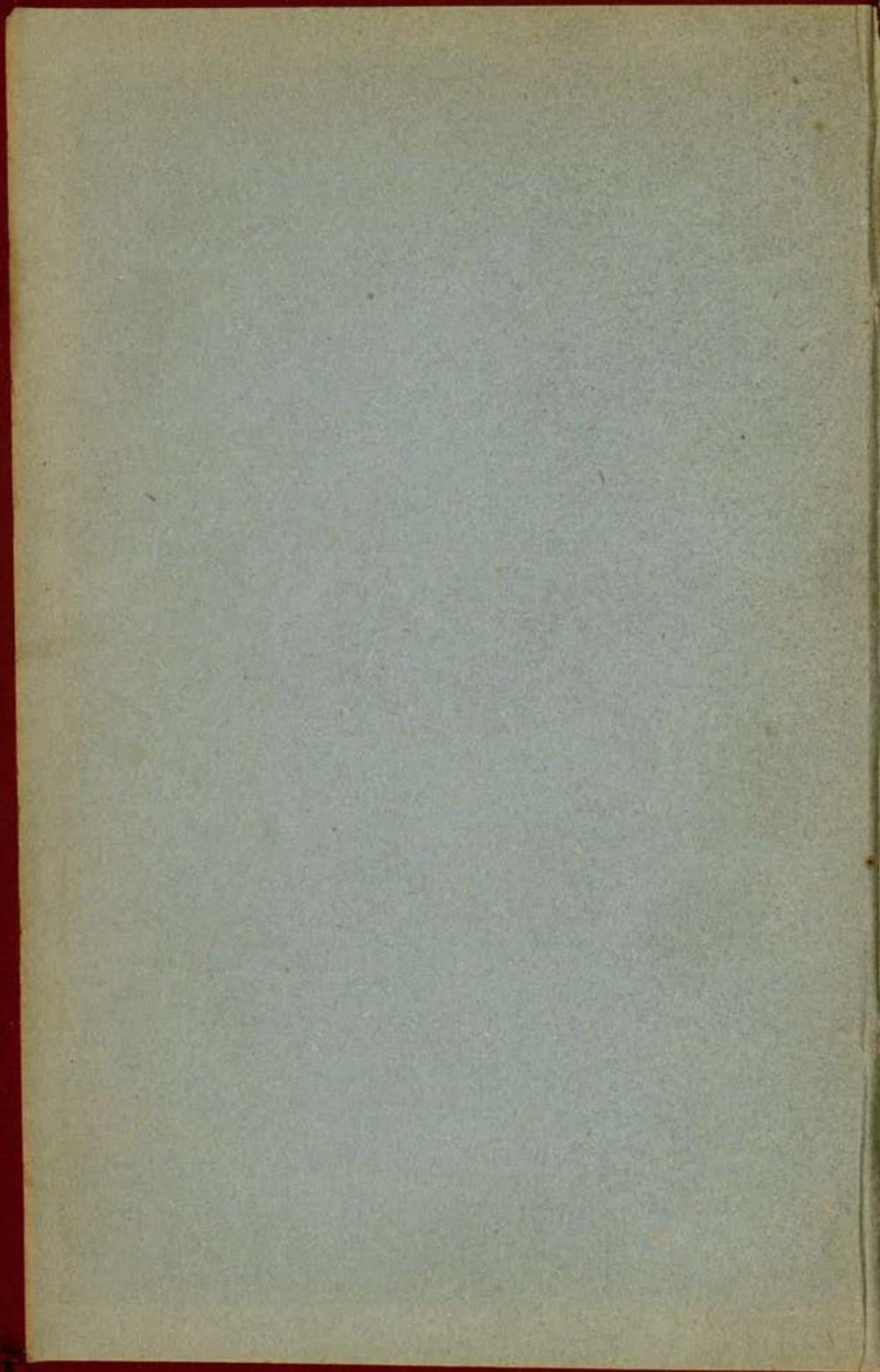
MS. A. 1573

FONDO ANTIGUO

A-1573

Bib. Regional





A-1573

R
62499

BIBLIOTECA

DE

S O C I E D A D



5. 2. 2. 2. 2.

CARLOS FRONTAURA



LAS MADRES

Segunda edicion

BARCELONA



LIBRERÍA DE JUAN Y ANTONIO BASTINOS, EDITORES

Boquería 47, San Honorato 3, Ronda de San Antonio 95

1883

Es propiedad de los Editores

A la adorada memoria de la mia

El Autor

Ala escuela mexicana de la ma

En





I

CÁRMEN



I.

Bella como la virtud, delicada como una sensitiva, tierna como el recién abierto capullo de la primera rosa de Abril, era Cármen la alegría de sus padres, el encanto de cuantos la conocían, el consuelo de los pobres, la amiga, la hermana de todos los que sufrían... Dios se había complacido en reunir en ella todas las humanas perfecciones, como si hubiera querido hacer ver que Cármen era una de sus más predilectas criaturas.

El padre de Cármen era un hombre de bien, dueño de cuantiosa fortuna, no debida á malas artes, sino al trabajo honrado é inteligente de sus antepasados; y Cármen fué educada con el mayor

esmero, siendo á los diez y ocho años una jóven llena de distincion, instruida, prudente y por todos conceptos estimabilísima.

Mirábanse en ella sus padres, y en ella cifraban toda su felicidad, todo su orgullo, el legítimo, el santo orgullo paternal; pero una idea les preocupaba grandemente, una idea que les atormentaba, acibarando su existencia, que, sin esta preocupacion, hubiera sido completamente venturosa. Cármen tendria pronto edad para casarse: ellos habrian de separarse de su hija para entregarla á un hombre, que así podria hacerla feliz como labrar su eterna desdicha.

Cuando, por la noche, se recogian los venturosos padres, despues de haber besado á su hija y rogado á Dios por ella, siempre por ella, pasaban largas horas hablando de su constante preocupacion.

—¡Dios mio! exclamaba Doña Andrea, que así se llamaba la madre de Cármen, cada dia que pasa es mayor mi pena; porque cada dia pasado nos acercamos al terrible momento que tanto debemos temer.

—Dices bien, decia el bueno de D. Julian, lo mismo que á tí me pasa á mí; llegará el dia en que nuestra hija ame á alguno más que á nosotros...

—¿Más que á nosotros?... Lo que es eso...

—Sí, Andrea, sí, más que á nosotros. Y es na

tural, y no la podemos culpar; al contrario, nosotros mismos deberemos aconsejarla que le ame más que á nosotros...

—Eso es horrible, Julian.

—No, esposa mia, eso es lo que debe ser; eso es lo que Dios ha dispuesto con admirable sabiduría.

—¿Y si el hombre á quien la entreguemos no es digno de ser amado?...

—Esa es mi preocupacion; que podemos engañarnos y considerar hombre honrado y digno á quien realmente no lo sea. ¿Quién puede asegurar que un hombre será lo que aparénta? ¿Quién responde de la constancia de un hombre en el bien, en un tiempo en que el mal todo lo invade y viste tan seductores atavíos? Siempre estoy pensando en esto, Andrea, y tiemblo por nuestra hija.

—Yo tambien; se ven tales ejemplos, se saben tan tristes historias de matrimonios desdichados... Recuerda lo que le pasa á Luz nuestra sobrina; su marido, un hombre de talento, se ha dejado arrastrar por el abominable vicio del juego, y está perdido, lleno de deudas, pobre, despreciado de todos, olvidado de su mujer, envilecido.

—¡Pobre hija mia! Si ella tuviera la suerte de Luz...

—Se moriria, porque ella no tendria fortaleza para sufrir.

—Recuerda las amarguras que sufre la pobre Luisa, la hija de nuestra amiga la marquesa; su marido está derrochando el caudal que debía ser de sus hijos, con una aventurera despreciable, y Luisa ¡infeliz! mucho me temo que haga lo peor que puede hacer una mujer cuando la agravia y la ofende su marido; mucho me temo que Luisa, ciega de ira y venganza, falte á sus deberes...

—No será difícil; hay en el mundo tantos miserables que acechan á las esposas ofendidas...

—Si nuestra hija diera con un marido como el de Luisa, no faltaria ella á sus deberes; eso bien se puede asegurar, pero se moriria... No tendria fuerzas para resistir esa amargura, esa humillacion. ¿Y el infortunio de Carlota, la hija de ese coronel retirado que vive enfrente?

—¡Oh! es horrible; casada con un hombre que parecia el más honrado del mundo, que gastaba y triunfaba como si tuviera fortuna, y ha resultado ser un estafador... A los veinte meses de matrimonio, Carlota es la mujer de un penado, de un hombre que cuando salga de presidio tendrá cerca de sesenta años...

—¡Desdichada mujer! Se casó con la esperanza de mil venturas, y ha encontrado sólo la tristeza, la soledad, la pobreza y la deshonra.

—Calla, calla, siento una angustia mortal pensando que nuestra hija pudiera verse en esa situacion.

—Dios la proteja y la bendiga.

—Nosotros hemos sido felices: ¿por qué no lo ha de ser nuestra hija?..

—Ahora ella no ama más que á nosotros.

—¡Oh! cualquier dia, cuando ménos lo pensemos, cuando nos hallemos más tranquilos, vendrá un hombre, un desconocido acaso, tal vez un malvado, y con una mirada, con una frase de amor, quizás mentido, nos arrebatará ese corazón que es ahora todo nuestro.

—¿Otra vez?

—¿Cómo es posible desechar esta idea?... ¿Cómo es posible pensar en otra cosa?..

—Los padres somos muy egoistas.

—¿Cómo ha de ser egoismo el más santo de los amores?

—Pero si Cármen se casa y es feliz...

—¡Ah! esa seria la suprema ventura para nosotros; entónces podríamos decir que nadie en el mundo habria sido tan dichoso como nosotros.

—Pues eso puede suceder.

—Sí, pero ¡ay! que tambien puede suceder lo contrario.

.....

Esta conversacion, ó parecida, tenian todas las noches los padres de Cármen, en tanto que la angelical criatura dormia inocente, soñando que socorria á los pobres, como lo hacia siempre, ó que su primo Dimas le *hacia rabiar* retardando la

terminacion de un dibujo que ella habia de bordar, ó que se moria el jilguerillo, de celos del canario, á quien ella habia acariciado más, ó que la tonta de la doncella dejaba marchitarse, falta de agua, una rosa muy bella, regalo de su primo Dimas; ó acaso se le representaba en sueños alguna tiernísima escena de la novela de Fernan Caballero que habia leído, con permiso de su padre, ántes de acostarse... Todavía no habia llamado á su corazon el amor: por eso era tan apacible y tranquilo su casto sueño.

Cármen amaba á Dios, á sus padres, á su primo Dimas, y sus pajarillos y sus flores.

II.

Cármen no amaba á ningun hombre, pero habia un hombre que amaba á Cármen, y éste era Dimas, su primo Dimas.

Tenia Dimas veinticuatro años, y era lo que se llama en el mundo un infeliz.

No tenia ningun atractivo personal; la boca grande, la nariz grande, las orejas grandes, el pié grande y los ojos pequeños, pero vivos, brillantes, expresivos, inteligentes. Aquellos ojos tan pequeños eran, por decirlo así, toda la fisonomía de Dimas, y en ellos se veia claramente que Dimas no era un tonto, sino todo lo contrario.

El pobre Dimas, como le solia llamar su tia Andrea, era hijo de una prima de ésta, y á los diez años quedó huérfano y sin recurso alguno en una pobre aldea de la Mancha. Su tia Andrea habló de tan gran infortunio á su marido, y éste, siempre bueno, y deseoso siempre de complacer á su digna compañera, fué á la aldea y se trajo consigo al triste Dimas.

Cármen, como tenia tan buen instinto y corazon tan compasivo, vió en Dimas un desgraciado que necesitaba amor y consuelo, y le amó como á un hermano. Era el huérfano sombrío, taciturno, receloso; pero este carácter cedió, y no podia ménos, ante la ternura, la delicadeza de Cármen, siempre tan buena, tan afable, tan cariñosa con él. Conmovióse profundamente su corazon, hasta entónces cerrado á toda expansion, y un tiernísimo y profundo sentimiento de gratitud vino á darle dulce calor, y á fortalecer su ánimo, ántes apocado y triste. Dimas no amó á Cármen, la adoró con verdadera idolatría.

Y esta adoracion profunda, respetuosa, capaz de todos los sacrificios, hizo nacer en el huérfano el deseo de ilustrarse, de elevarse, de hacerse, en fin, digno de la proteccion que hallaba en aquella excelente familia.

Dimas estudió con verdadero afan, y á los veinticuatro años, cuando empieza esta historia, era Dimas un médico de gran ciencia, que todos

los años durante sus estudios, habia sido premiado en primer lugar, logrando así no ser gravoso á sus tios, puesto que, por su mérito extraordinario, se le dispensaron todos los gastos de matriculas, y al fin tambien los de doctorado. Y no era Dimas solamente un médico inteligentísimo; era tambien hábil pintor, excelente músico y eruditísimo en literatura. Pero no era pedante, y no hacia alarde ninguno de su vastísima instruccion.

Y Dimas, hombre ya, y hombre superior por su saber, conservaba el mismo profundo respeto á aquella niña de diez y ocho años, como que por ella habia abierto su corazon á la esperanza, como que la de Cármen fué la primera sonrisa de afecto que vió en el mundo, como que Cármen habia sido la primera que, al mirarle, no se habia mostrado sorprendida de la fealdad de su rostro, como que á la tierna niña debia él sus nobles pensamientos, su afan de estudiar, sus triunfos de estudiante, y la ciencia que poseia; y tanto amaba á Cármen, tal era su adoracion y tal su respeto, que muchas veces, cuando pensaba en ella, que siempre pensaba en ella, se decia:—¡Ah! no, no soy yo digno de Cármen.

Y Dimas tambien pensaba que algun otro pudiera enamorarse de Cármen, y que ella podria corresponder al amor de otro hombre.

Y esta idea le atormentaba como atormentaba

á los padres de Cármen; le atormentaba mucho más.

Pero nadie en la casa podia adivinar aquel amor; él le guardaba en su corazon como un avaro guarda su tesoro, y era dichoso con ver todos los dias á Cármen y con el cariño de sus tios, á quienes jamás habia dado el más leve motivo de queja.

Jóvenes como Dimas no se hallan muchos: no habia entrado en un billar en su vida; desconocia por completo todos los vicios y entretenimientos en que tanto y tan precioso tiempo pierde la juventud; jamás habia fijado la atencion en ninguna mujer, y nunca gozó los placeres de la vida de café, que deben ser grandes cuando hay tantos que en el café se pasan la vida, ni se le vió en siete años tomar parte en ningun motin estudiantil, ni se le oyó su opinion política, sin duda porque creia que más importante que declarar sus ideas políticas, era demostrar que aprovechaba las lecciones de los libros y los maestros.

Al principio, sus condiscípulos, alegres y traviosos, se reian de él, y le llamaban el viejo, porque por lo grave, lo severo y lo formal, lo parecia efectivamente.

En la sala de diseccion era donde más se burlaban de él.

—Mira, decia uno á otro, mira á Dimas junto

al muerto ese: no se sabe si el muerto es él ó el otro, porque él está más serio que el muerto.

—¡Y con qué miramiento y cortesía trata al muerto!

—Parece que tiene miedo de hacerle daño.

—Ya verás cómo, en sabiéndose en el hospital que Dimas trata á los muertos con tanta galantería, todo enfermo que haga testamento le deja el cuerpo á Dimas para que se le cuide.

Y Dimas callaba, y no se sonreía siquiera.

Sus condiscípulos acabaron por reconocer la superioridad de Dimas, y todos le amaron y respetaron, porque su modestia era aún mayor que su talento, y porque cada dia descubrian en su compañero un nuevo rasgo de nobleza, de generosidad, de ingenio.

Cármén amaba mucho á Dimas. Naturaleza generosa la suya, cuando vió Cármén aquel pobre muchacho que venia de la aldea, pobre, huérfano, ignorante, tan encogido, tan temeroso, como quien no ha visto más que la miseria y el infortunio, como quien no ha sentido nunca alegría, como quien á nadie ha inspirado amor, y en fin, como quien ha vivido sin madre—la de Dimas murió al darle á luz,—no pudo ménos de interesarse por él, y sin darse ella misma cuenta de su nobilísima accion, parecia como que habia formado empeño en dulcificar el carácter de su primo. Desde la edad más temprana se manifies-

tan los buenos corazones y se descubren los sentimientos generosos. Si Dimas no hubiese hallado tan oportunamente á Cármen en su camino, habría sido un hombre oscuro, retraído; acaso la duda y el excepticismo habrían emponzoñado su corazón, tal vez la envidia habría nublado su inteligencia, quizá hubiera sido un pobre menestral, ó ¿quién sabe si un vicioso ó un criminal?...

Esto mismo pensaba Dimas, y bendecía á todas horas á la angelical criatura que había sido instrumento elegido por la Providencia para su bien.

III.

Una noche, en lo más recio del invierno, sucedió que, en la misma casa donde vivía Cármen, se oyeron voces de alarma y en demanda de socorro. Había fuego. Vistiéronse sobresaltados los padres de Cármen y acudieron á avisar á ésta, que, aturdida, cubrió su cuerpo únicamente con una bata que podía darle muy poco abrigo, y con su madre se dedicó á recoger joyas y objetos de valor, por si el incendio tomaba incremento y había necesidad de ponerse en salvo.

El incendio no duró más de una hora, y solamente causó algun daño en la parte alta del edi-

ficio; pero como se presentó imponente al principio, fué grande el sobresalto de todos los vecinos, y Cármen se sobrecogió mucho, bien que, para no asustar á sus padres, procuró dominarse y disimular. Cuando, terminado el fuego, hablaban sus padres de los incidentes á que habia dado lugar, entró Dimas, que bajaba del último piso, donde habia estado ayudando á la extincion del destructor elemento, y fijando la mirada en Cármen, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Tú estás mala!

—¿Qué dices? exclamaron á un tiempo los amantes padres.

—Es preciso que se acueste inmediatamente, añadió Dimas.

Cármen confesó que en efecto no se sentia bien, y casi en brazos de sus padres volvió al lecho, con la voz apagada, la mirada triste y la respiracion fatigosa.

La pobre niña tenia una pulmonia.

—Llamen Vds. á un médico inmediatamente, dijo Dimas.

—¿Tú no te atreves á asistirla?

—¡Oh! sí, amado tio, yo la asistiré; pero es preciso que uno de los grandes maestros de la ciencia, uno de los más eminentes profesores se encargue de la enferma.

—Se lo diremos á Cármen.

Cármen contestó que sólo en Dimas tenia con-

fianza; que no queria otro médico que su primo Dimas.

Y éste no tuvo más remedio que encargarse de asistir á Cármen en una enfermedad que, desde el primer momento, se presentó con todos los más graves síntomas.

Dimas pasó los más amargos dias junto á la cabecera de la enfermita, temiendo á cada momento que todo su cuidado, toda su ciencia fuesen impotentes para evitar que la muerte, siempre implacable, llegase á posar la mano sobre aquella frente virginal.

—¡Oh! si muere, pensaba Dimas, no la sobreviviré yo mucho tiempo. ¿Para qué quiero la vida si ella no vive? ¿Cómo podria vivir aquí, en presencia de los pobres padres, que no sabrian olvidar que su hija habia muerto en mis manos?... ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Haz un milagro para que viva esta inocente criatura, en la que has reunido todas las perfecciones de alma y de cuerpo, en prueba de tu omnipotencia!

Dias fueron aquellos para el atribulado médico de inacabable angustia, de cruel incertidumbre, de sensaciones imposibles de describir; y al mismo tiempo, ¡qué felices momentos aquellos en que alentaba en su corazon la esperanza dulcísima de salvar á Cármen!

Esta victoria seria la felicidad suprema para él; por eso no se atrevia á confiar en alcanzarla.

Si Cármen se salvaba, debería á Dimas profunda gratitud, y entónces, ¿quién sabe, se decia el jóven médico, si le pareceré digno de ser su marido?

Cármen se salvó. Dimas declaró al fin que se hallaba fuera de peligro, aunque todavía necesitaba por algun tiempo los más exquisitos cuidados.

Los padres de Cármen, que habian comprendido el inminente riesgo en que se habia hallado su hija, bendecian á Dimas, y no sabian qué hacer para manifestarle su agradecimiento, su amor.

Y en uno de aquellos momentos de expansion, exclamó D. Julian:

—¡Oh! tú, y no otro, debe ser esposo de nuestra hija.

Dimas no pudo ocultar á su tio que este era su más ardiente deseo, y que su realizacion seria para él la mayor ventura que pudiera esperar en la vida.

—Pero no quiero que se hable de eso á Cármen; ahora la pobre niña, agradecida á mí, creyendo que yo la he salvado—y sólo Dios es quien lo ha hecho,—no se atreveria á contrariar la voluntad de su padre, y yo no sé si Cármen me ama...

—¡Oh! sí.

—Me ama como á un hermano, pero todavía no me ama como se ama á quien se elige por esposo. Déjeme V. aspirar á merecer ese amor.

—Como quieras. Nuestra preocupacion constante es el temor de que Cármen no elija buen esposo; si tú eres el elegido, entónces viviremos y moriremos tranquilos, contentos, seguros de su felicidad. Puede tener nuestra hija brillantes partidos, pero á mí nada me satisfará tanto como verla unida á un hombre tan bueno y tan honrado como tú.

Cármen tuvo larga convalecencia, y quedó tan débil que era preciso un cuidado extremo, para evitarle peligrosas recaidas, y, pasado ya algun tiempo, todavia no gozaba de completa salud.

Dimas dijo un dia á su tio:

—Es preciso que Cármen vaya á tomar las aguas á uno de los establecimientos de los Pirineos. Necesita fortalecerse, respirar otro aire, y así podremos combatir esa peligrosa predisposicion que tiene á constiparse, y recobrará por completo la salud. Un mes ó mes y medio de estancia en esos baños, la distraccion que allí encontrará, el ejercicio, las cualidades climatológicas de aquella localidad, lo sano y nutritivo de los alimentos darán gran vigor á su naturaleza, que con suma dificultad ha resistido á la gran enfermedad que nos hizo temer por su vida.

—Tú nos acompañarás.

—Eso es imposible, tio; sabe V. que hago oposicion á una cátedra, y precisamente el mes próximo, que es el que Vds. deben aprovechar para

llevar á Cármen á los baños, no puedo moverme de Madrid. No es preciso que yo vaya; Cármen, esté V. seguro, mejorará en cuanto llegue á esos baños. Además, recuerdo lo que V. me dijo acerca de lo que seria para mí la mayor ventura, y conviene que nos separemos, conviene que Cármen viva léjos de mí, aunque sea poco tiempo. Ustedes conocerán si me ama. Al regreso de ustedes ya habré ganado la cátedra, tendré una posición que ofrecer á Cármen, y sabré si realmente he merecido ser amado por ella. Parecerá inmodestia esta seguridad con que digo que ganaré la oposición, pero bien sabe Dios que el corazón me dice que la ganaré, y yo tengo fé en los presentimientos.

Siguió el dictámen de Dimas, y Cármen partió con sus padres para los Pirineos, y el médico enamorado quedó triste, angustiado como si le faltaran la luz y el aire.

—¡Ahora comprendo cuánto la amo! exclamó cuando perdió de vista el coche que llevaba hácia la frontera á la que era su esperanza, su vida.—¡Dios mio! añadió, no me atrevo á esperar que ella me ame, porque ¿qué he hecho yo, qué méritos tengo para lograr semejante felicidad?...

Cármen, al despedirse de Dimas, estrechó su mano con efusion, y no pudo contener las lágrimas, tributo del verdadero amor que tenia á su

primo; pero este amor era otro amor que el que soñaba el pobre Dimas.

En cuanto llegó Cármen á los baños, lo primero que hizo fué escribir á su primo Dimas, que creyó volverse loco de felicidad al ver aquella letra menudita que decia: *Mi querido primo*, y luego al fin de la carta: *Tu prima que te quiere mucho, mucho—Cármen.*

Mil veces besaba Dimas este nombre.

A los quince dias, recibió Dimas una carta tan cariñosa como todas; la carta terminaba en la primera carilla del papel, pero despues de la firma habia un rengloncito corto que decia así: (*A la vuelta*), lo que indicaba que en la carilla siguiente habia una *postdata*, y Cármen se lo advertia á Dimas para que no creyese que la carta concluia en la firma.

Dimas volvió la hoja, y leyó lo siguiente:

«No te lo iba á decir, pero para ti, á quien tanto quiero, no debo tener secretos. Has de saber, mi querido Dimas, que me ha salido un novio.»

Esta *postdata* hizo en el corazon de Dimas el efecto de una puñalada: le causó más dolor, porque una puñalada le habria dejado sin vida instantáneamente, y aquella revelación le dejó sin reposo, sin esperanza, sin aliento, sin fé, y con vida, con vida para sufrir, para llorar, para padecer eternas amarguras é inconsolables dolores.

¡Pobre Dimas!

IV.

Bien sabia Dimas lo que le convenia á Cármen. Apénas llegó á aquellos baños, lo pintoresco de la localidad, la riquísima leche de las saltadoras cabras, que todo el dia andaban correteando por la montaña, la sabrosa carne de aquellos ternerrillos que con tan ricos pastos se criaban, y sobre todo las excelentes aguas y las inhalaciones de aquel grandioso establecimiento, empezaron á reanimarla y á vigorizar su delicada constitucion, y á los ocho dias daba ya largos paseos sin cansarse, corria como una chiquilla y se reia como una lóca, con gran contento de los padres, cuyo más ardiente deseo era la salud de su hija.

Y ella y ellos bendecian á Dimas, que tan acertadamente habia comprendido lo que mejores resultados habia de dar para el completo restablecimiento de su prima.

En los baños habia gran concurrencia y mucho lujo. Casi todos los bañistas se hallaban en buen estado de salud, y por consiguiente no les faltaba humor para divertirse. Organizáronse

bailes y conciertos en el magnífico salon del establecimiento, y aunque los padres de Cármen no eran muy aficionados á estas fiestas, no tuvieron más remedio que asistir para que no se les murmurase, porque los establecimientos de baños son un gran semillero de chismes, cuentos y enredos; como que la gente está ociosa, por lo regular, y es preciso sacrificarse por el ¿qué dirán?... y no singularizarse, para evitar que le quiten á uno el pellejo bonitamente. Además, el bueno del médico Dimas habia dicho que á Cármen le convenia alguna distraccion, y este dictámen facultativo era para ellos una autorizacion en la más debida forma para permitir y áun desear que Cármen asistiera á los bailes y conciertos que se anunciaban en el salon de recreo. Habia tambien en este deseo un poquito de orgullo de padres, porque era evidente que entre todas las bañistas no habia ninguna que aventajara á la protagonista de esta historia en belleza, elegancia y distincion, y ninguna tocaria el piano con tanta maestría y delicadeza, y ninguna tendria tan bonita voz y tan buena escuela de canto... Cármen sobresaldria seguramente en la reunion; y á este triunfo, ¿cómo habian de renunciar sus padres?

En efecto, Cármen causó gran sensacion cuando se presentó en la sala, magníficamente iluminada por los galantes empresarios de los baños,

bien que hacian pagar á los caballeros cuatro duros por el derecho de concurrir al salon; todos admiraron la peregrina hermosura de la amable jóven, y las de su edad hicieron esfuerzos supremos para disimular la envidia que les inspiraba la invencible belleza, la incomparable distincion y la sencilla y encantadora elegancia de la hermosa criatura.

Cármen bailó aquella noche por primera vez; por primera vez un hombre desconocido profanó con sus manos indignas aquel talle de vírgen; por primera vez sonaron en sus castos oidos palabras de amor, frases apasionadas, lisonjas halagüeñas, y por primera vez bajó ruborosa la mirada al ver fijos en los suyos los ojos de un jóven apuesto, galan, que la miraba con ansia, con ardor...

Y allí estaban los padres de Cármen, gozando del triunfo de su hija, satisfechos, orgullosos, sin conocer que allí empezaban á ser realidad sus temores acerca del porvenir de la que era la vida de su vida, sin ver que aquel temible desconocido, que un dia llegaria á separar de su lado á Cármen, á ejercer sobre ella más influencia que ellos, estaba allí, allí estaba devorando con los ojos á la inocente niña, como el lobo se complace en contemplar á la ovejuela que va á ser su víctima, ántes de clavarle los agudos dientes en la garganta.

Cármén no pudo dormir aquella noche; estaba aturdida, fascinada; su corazón había perdido la calma, y en su mente bullían en confusión penosa las dudas y las esperanzas, y mil ideas vagas de cosas desconocidas, y todo esto le hacía llorar, y la llenaba de angustia. Pero cuando llegó al día siguiente la hora de bajar al salón, Cármén quiso volver allí donde había empezado á sufrir tanto. Los padres la suplicaron que no bailara, y ella, todavía obediente al amor paternal, no bailó; el gallardo galán que la noche anterior había bailado con ella no pudo estrechar con sus impuras manos la cintura virginal de su víctima, pero pudo hablar con ella toda la noche el lenguaje más apasionado, pudo hacerse dueño de aquel tierno corazón inocente, pudo, en fin, dar comienzo á la gran infamia que proyectaba.

Y todavía sufrió Cármén la segunda noche más penoso desvelo y mayor angustia, y sin embargo, aquel sufrimiento debía tener su encanto, porque, apenas llegaba la hora de bajar al salón, Cármén quería ir á sufrir aquel dolor, aquella pena, aquella fiebre que abrasaba su corazón. Cármén era la mariposa atraída por la llama, la cándida paloma fascinada por la serpiente. Cármén amaba, pero ¡pobre Cármén! amaba á un malvado.

Los padres de Cármén estuvieron torpes en adivinar lo que pasaba: embelesados en el triun-

fo de su hija, halagados por los elogios que oían, no advirtieron que un miserable les robaba aquel corazón de oro purísimo; cuando lo pudieron advertir ya era tarde.

Y cuando la madre quiso hablar á su hija de lo que ya habia advertido, Cármen se arrojó llorando en los brazos maternos.

—¡Pobre Dimas! exclamó doña Andrea, él sí que te ama, hija mia, él sí que te hubiera hecho feliz. ¿Qué le diremos ahora?...

Ya Cármen se lo habia dicho en la postdata de su carta, creyendo sin duda que Dimas la amaba sólo como ella amaba á Dimas.

V.

Eso sí, el galán de Cármen era un jóven distinguidísimo, simpático, apuesto, hermoso, y tenia no pocas apasionadas en la buena sociedad de la corte. ¿Quién no conocia en Madrid á Pedro Guevara?... Tenia veintiocho años y habia estado á punto de ser gobernador de provincia, y si no lo pudo ser fué porque el dia ántes del señalado para firmar su nombramiento, cayó inesperadamente el ministerio.

No habia estudiado mucho, ni leído buenos libros, pero como para brillar en esta sociedad no

se necesita eso, ni siquiera saber gramática, Perico Guevara no echó nunca de ménos la instruccion que le faltaba, y la suplió perfectamente con la osadía y el descoco, y á nadie se le ocurrió que aquel hombre tan elegante, tan distinguido, tan jovial, que hablaba con tanto desparpajo, era un grandísimo ignorante.

Su padre habia sido un hombre muy de bien, que ocupó altos puestos, y murió con fama universal de probo é íntegro, y esta buena reputacion del padre sirvió mucho al hijo, que era uno de los más considerados bolsistas de Madrid. Es decir, que habia elegido la carrera de capitalista.

Realmente, á los padres de Cármen no les disgustaba Perico Guevara; en él veian un jóven rico, brillante, amabilísimo, de esquisitos modales, de irreprochable apariencia, y comprendian que una muchacha se enamorase de tan apuesto galan; pero les inquietaba mucho la consideracion de que Dimas, por ellos mismos alentado en su amor, esperaba de ellos la felicidad, y ninguno podia tener más derecho al amor y á la gratitud de Cármen.

Y el bueno de D. Julian sentia no haber hablado de aquel amor á Cármen cuando pensó hacerlo, y temia mucho que el triste desengaño matase al pobre Dimas.

Este escribió á Cármen, pero no se dió por en-

tendido de la noticia que por *postdata* le habia dado su prima, y tuvo la extremada delicadeza de no escribir tampoco á sus tios sobre el asunto. Aún se hacia ilusiones el triste, aún creia que aquello seria un mero pasatiempo, acaso una broma de su prima, ó tal vez sus padres le habrian hablado ya del amor que él les habia confesado, y su prima diria por él que *le habia salido un novio*.

Cuesta mucho renunciar á la esperanza del bien; para Dimas, renunciar á la de ser amado de Cármen era como renunciar á la vida.

Al fin llegó el dia del regreso de sus tios y su prima. Dimas bajó á esperarlos; cuando llegaron, sus tios y su prima le abrazaron con el cariño de siempre; con ellos venia un elegante jóven, que no era otro que Perico Guevara, el cual se despidió de los padres de Cármen y de ésta, y saludó con esquisita cortesía á Dimas, que en aquel punto sintió en su corazon los más terribles impulsos de odio y venganza.

—Ese es, pensó, ese es el infame, el odioso rival que me roba la felicidad de toda mi vida.

Dos dias despues, cuando ya no habia esperanza para el pobre Dimas, cuando llamaba á la muerte, cuando sentia furiosas tentaciones de ir á buscar á aquel desconocido y matarle, recibió un pliego del ministerio, en que se le comunicaba que habia ganado la cátedra á que habia hecho oposicion en la facultad de medicina.

Dimas hizo pedazos el pliego y escribió un oficio acusando el recibo y renunciando la cátedra que tan legitimamente había ganado.

El oficio en que Dimas renunciaba aquella brillante posición, que para cualquiera hubiera sido una gran fortuna, merece ser conocido. Decía así:

«He tenido el honor de recibir la comunicación de V. E. en que me anuncia haber sido elegido en la terna propuesta á V. E. por el tribunal de oposiciones para la cátedra vacante en la facultad de medicina. Mucho me honra esta inmerecida distinción, y grande es mi gratitud al tribunal de oposiciones y á V. E., pero no me creo con autoridad científica y experiencia profesional bastante para tomar á mi cargo la difícil y trascendental tarea de enseñar lo que todavía no estoy seguro de haber aprendido bien. Permitame, pues, V. E. que decline la honra que el tribunal y V. E. me dispensan, y renuncie la cátedra que me ha sido otorgada. En ello ganará la enseñanza, porque persona más digna ocupará con gloria el puesto que yo estimo muy superior á mis merecimientos.

»Y ahora, Excmo. señor, una súplica quiero hacer á V. E., que me atrevo á esperar será acogida benévolamente. En el pueblo de *** se ha desarrollado una epidemia de viruela, de carácter maligno, y el digno profesor titular del mismo

ha sido una de las primeras víctimas de la mortífera enfermedad. Aquellos infelices habitantes carecen hoy de la asistencia facultativa, y esta falta agrava más y más la triste situación del pueblo. Allí está mi puesto, Excmo. señor, y suplico á V. E. me autorice para pasar á encargarme de la asistencia de aquellos atribulados vecinos, mientras dura la epidemia, sirviéndose disponer al propio tiempo que se faciliten á aquel municipio algunos recursos para que sea más eficaz mi celo en favor de los desgraciados. Para mí nada quiero; no faltarán en el pueblo vecinos que me hagan la caridad de darme cada día el indispensable alimento.

«Dios guarde á V. E. muchos años, etc., etc.»

El ministro quedó admirado de este nobilísimo rasgo de modestia y de sublime caridad, y el día siguiente publicó en la *Gaceta* una real orden, en la que se daba cuenta de la comunicacion de Dimas, y se le autorizaba, en los más honrosos términos, para acudir al pueblo de *** á encargarse de la asistencia de los aterrorizados vecinos.

Además dispuso el ministro no proveer la cátedra, suponiendo que podría convencer al agraciado para que la aceptara.

La publicidad dada al asunto mortificó mucho á Dimas, que, como se ve, no era hombre de su época, pues desde hace mucho el afán de la pu-

blicidad se ha apoderado de todos, y apenas hay español que no haya merecido un *suelto* en *La Correspondencia*.

En casa de sus tios la determinacion de Dimas causó espanto; admiracion no, porque los padres de Cármen y ésta conocian demasiado que Dimas era capaz de toda accion buena, noble y generosa; causó espanto en Cármen, porque nunca habia imaginado que su primo, el que ella amaba como hermano, se separase de ella, y en D.^a Andrea y D. Julian, porque comprendian el motivo que impulsaba á Dimas á renunciar una posicion que tanto habia deseado, y á buscar el peligro en un pueblo infestado por una epidemia.

Y ambos lamentaron su imprevision, que dió lugar á que otro hombre lograse inspirar amor á su inocente hija.

Dimas hizo sus preparativos de marcha, y entró á despedirse de sus tios y su prima.

—¿Te marchas al fin? le preguntó con tristeza D.^a Andrea.

—Sí, tia; los pobres, los desvalidos necesitan de mí.

—Y á nosotros nos dejas llenos de tristeza y amargura, añadió D. Julian.

—Ustedes deben regocijarse de que empiece á dar fruto el bien que sembraron. Por Vds., nunca lo olvido, he llegado á ser de alguna utilidad en el mundo. Ya es hora de que mis semejantes ob-

tengan de mí algun beneficio, que á Vds. verdaderamente le deberán.

—Eres muy bueno, Dimas, exclamó D.^a Andrea conmovida.

—Muy bueno, repitió D. Julian.

—Muy bueno, si, dijo Cármen, llorando; pero abandona á su enferma, lo que no puede hacer en conciencia ningun médico.

—Libreme Dios de merecer esa acusacion; dejo á la enferma que ya curó, para acudir á los pobres que no tienen quien les cuide.

Los padres de Cármen y ésta lloraron mucho; Dimas tenia una gran fuerza de voluntad, y no lloró.

La despedida fué muy larga: cuando ya iba á salir de la casa, abrazó á Cármen, la besó en la frente, y le dijo con inefable acento de ternura:

—¡Dios te bendiga, alma buena, y te haga feliz!

En la calle le esperaba un coche en el que, con D. Julian, habia de dirigirse al sitio de donde salia la diligencia.

Cuando entró en el coche, ya no podia contener el llanto, y un torrente de lágrimas salió de sus ojos, y largo espacio estuvo sin poder articular una palabra.

VI.

Una epidemia en la ciudad es temible y alarma y entristece, pero hay medios de aminorar el estrago y calmar en cierto modo la angustia de la poblacion; se oculta el número de víctimas, se entierra de noche, á las altas horas; se establecen hospitales, se socorre á los pobres, se mejoran, aunque tarde, las condiciones higiénicas de los barrios donde vive la gente infeliz, y hay médicos, medicinas y recursos de todo género; mas en un pueblo aislado, rodeado de pantanos pestíferos, incomunicado con el mundo, empobrecido por la pérdida de la cosecha, es horrible una epidemia; y no hay nada más sombrío que el aspecto que presenta ese montoncito de casas que se llama pueblo, cuando Dios envia sobre él esa prueba tremenda.

Sin embargo, los marinos dicen que lo más terrible que puede haber en el mundo es la *peste á bordo*.

En el pueblo todos se conocen, se sabe quién ha sido atacado de la enfermedad, no se puede ocultar cuántos murieron ayer, cuántos han muer-

to hoy, y cuántos van á recibir á Su Divina Majestad, y la madre que perdió el hijo amado sale despavorida á contar á todos su desventura, y la esposa que ve morir á su marido ablanda los más duros corazones con sus lamentos, y los huerfanitos van llorando por el pueblo publicando su infortunio, y se acaban las medicinas en la desprovista botica, y no hay medios de traerlas rápidamente, y el cura y el médico se rinden á la fatiga, pero sólo caen cuando la epidemia, avara de sus vidas, les ataca...

Cuando esto sucede, el espanto de los vecinos no se puede explicar; ya no tienen esperanza ninguna, ya no hay para ellos consuelo.

Esto habia sucedido en el pueblo á donde fué Dimas.

El médico y el cura habian sucumbido, y á los enfermos les asistia caritativamente el infeliz boticario, que, á no llegar oportunamente Dimas, se hubiera muerto de miedo en tan comprometida situacion.

El pueblo se hallaba sumido en la mayor consternacion. La terrible enfermedad parecia que aprovechaba la circunstancia de hallarse el pueblo sin medio alguno de combatirla, para enseñarse más en aquellos pobres vecinos, y entre estos empezaba á manifestarse el egoismo, y no se encontraba quien quisiera asistir al pariente ó al amigo; solamente las madres no abandonaban á

sus hijos. Pero ya algun marido habia huido de su mujer moribunda, y algun hijo habia cometido tambien tan infame accion con su anciano padre... Si Dimas hubiese tardado tres dias más en llegar, hubiera hallado el pueblo desierto.

Pero Dimas llegó oportunísimamente, reanimó el abatido espíritu de los vecinos, corrió á auxiliar á los que lo habian menester, é hizo lo más eficaz en semejantes casos, dió ejemplo de serenidad, de energía y de caridad y amor al prójimo. En varias casas habia cadáveres que nadie se atrevia á llevar al campo del eterno reposo. Dimas entró en la primera casa que le señalaron, donde habia muerto una pobre niña; envolvió el cadáver en una manta, le tomó en sus brazos y fué á darle sepultura. Volvió é hizo lo mismo con otro muerto, y cuando se dirigia á recoger otros dos, presentáronse dos mozos del pueblo dispuestos á imitar tan notable ejemplo de abnegacion, y ya no se demoró un momento en los dias siguientes el sepelio de los que sucumbian á la traidora enfermedad.

El gobierno le habia dado recursos, y él los supo distribuir tan equitativamente que todos los vecinos los recibieron en proporcion á sus necesidades, y ni uno solo, por descontentadizo que fuera, tuvo motivo alguno de queja. Veinte dias duró aún la epidemia, y en aquellos veinte dias apenas descansó algunas horas el *médico bendito*,

como le llamaban en el pueblo, y todos, viendo su incesante trabajo, atribuían á proteccion providencial que, en medio de aquella desolacion, se conservase la salud del que ménos precauciones tomaba y más expuesto estaba al contagio.

A los veintiun dias, el pobre Dimas, que tan pocas alegrías se prometia ya en el mundo, tuvo una, más pura, más grande, más legitima que todas las que puede tener el más poderoso en la tierra; habia vencido á la enfermedad, habia salvado de una muerte segura á más de cien personas.

—Por él no me he quedado sola en el mundo, decia una pobre madre que, ántes de ir Dimas, habia perdido á su marido, y su hijo estaba de la mayor gravedad cuando aquel llegó.

—Él me ha devuelto á mi madre, exclamaba una hija amante.

—Él enterró á mi niño, murmuraba una infeliz que no tenia otro consuelo en su infortunio.

—Él nos trajo pan y abrigo cuando estábamos muriendo de hambre y de frío, decia un anciano labrador, padre de numerosa familia, arruinado por la pérdida de la cosecha.

Era un interminable coro de alabanzas y bendiciones en honor del médico, y todos los vecinos se disputaban la distincion de que se sentara á su mesa; y el pobrísimo municipio acordó unánime que en habiendo dinero se mandaria hacer en la

corte una lápida en la que constase la fecha de la llegada del médico al pueblo y el agradecimiento de los vecinos á su desinterés y abnegacion, y tambien se acordó reunir como se pudiera entre todos mil reales y dárselos al médico.

Profundamente conmovió á Dimas este rasgo de gratitud, pero rehusó los mil reales y propuso que se distribuyeran entre los vecinos faltos de todo recurso, como así se hizo.

Cuando ya hubo vencido á la enfermedad, escribió á sus tios y á Cármen, que se hallaban con suma inquietud. La carta era cariñosa, humilde y llena de sinceridad y agradecimiento. Cármen fué la encargada de contestar.

«Puesto que ya has devuelto la salud y la calma á esos pobres, le decia, vente pronto, primo mio, que tu enferma te quiere mucho y está muy contenta, y desea que tú participes de su contento. ¿No lo estarás tú estándolo yo?...»

Dimas leyó con tristeza este párrafo de la carta, comprendiendo perfectamente el sentido. La inocente estaba orgullosa de tener novio, y creia, en su candidez, que Dimas se alegraria de aquella satisfaccion suya.

Dimas estaba ya muy resignado. El triste espectáculo de la epidemia, los crueles dolores de que habia sido testigo, los infortunios que habia hallado en aquel montoncito de casas, tan aislado del mundo, le habian hecho reflexionar mucho.



—¡Fuera de mí, había dicho, esta pasión egoísta! No me dejaré vencer por ella, no; que sería ceder al influjo miserable de la soberbia. Cármen no es para mí, no; ella merece más que yo, y Dios es quien me inspiró venir aquí para enseñarme dónde está mi puesto, cuál es mi destino, y hacerme comprender que mi amor es una locura, un imposible. Cármen tiene razón; yo debo alegrarme con su alegría, yo debo desear, primero que la mía, su felicidad. Para mí ya no debe haber otra que la de arrancar á la muerte á mis hermanos, prolongar la existencia del padre de familia que hace falta á sus hijos, conservar la del niño que es encanto y esperanza de la desvalida viuda... sacrificarme, en fin, por todo el que sufre. No hay destino más honroso en el mundo, y Dios debe recompensar con largueza en la otra vida á los que le han cumplido bien.

Dimas había dicho en el pueblo, que, terminada la epidemia, volvería á Madrid, pero el pueblo había resuelto oponerse; y aunque en aquella época no se conocían los derechos individuales, bien que todo el mundo los ejercía mejor y más provechosamente que ahora cuando tanto se encarece esa conquista revolucionaria, el pueblo entero, con el municipio y el nuevo párroco á la cabeza, que entónces los municipios no estaban sino muy en armonía con el párroco, y en los pueblos no había libre-pensadores á quienes estorbara el

cariñoso ministro de Dios, hizo una manifestacion, no imponente como las de los radicales cuando quedan cesantes, pero sí conmovedora y elocuente, para pedir, no con banderitas y pendones, inscripciones de relumbron y discursos amenazadores, sino con palabras de amor y gratitud, que no se fuera del pueblo D. Dimas, que D. Dimas ocupara en propiedad la plaza de médico titular, que, aunque estaba pobremente dotada, como que el pueblo era pobre y sobre él habian caido calamidades sin cuento, en cambio le aseguraba el cariño y el agradecimiento de todos los vecinos.

Y Dimas que habia rechazado la brillante posicion de catedrático en la facultad de medicina, por donde pronto hubiese hecho carrera y logrado fortuna y honores, no supo resistir á las súplicas de aquellos palurdos, á las lágrimas de aquellas viejezuelas y de aquellas mozas y á las caricias de aquellos chiquillos desharrapados, que ya habian aprendido de sus madres á bendecir al *médico bendito*, y sobre todo no pudo ser insensible á las elocuentes palabras que le dirigió en estilo familiar y sencillo el virtuoso cura párroco, que dos dias despues de la llegada de D. Dimas al pueblo habia ido á reemplazar al cura difunto.

Dimas prometió no marcharse, y tuvo que sufrir los abrazos de los palurdos, alguno que otro

beso de alguna vieja bigotuda, y no faltaron mozas que le abrazaron también con entusiasmo.

Los padres de Cármen recibieron carta en que Dimas refería sencillamente este acontecimiento, y manifestaba su propósito de quedarse en el pueblo. Y terminaba la carta con estas palabras:

«Dios les bendiga á Vds., á los tres; yo estoy en el puesto que me corresponde, que no puede ser más honroso y digno, como que en él puedo hacer algún bien á mis semejantes. Algun día iré á Madrid, cuando esté completamente asegurada la salud en este pueblo, donde hay bastante que hacer para sanearlo y evitar que se reproduzca la epidemia. A Cármen, que me alegran mucho sus alegrías, y que le pido á Dios que sea dichosa. Si lo es tanto como merece serlo, será la mujer más dichosa del mundo. Si, lo que Dios no quiera, cayese enferma, que me llame al momento, si es que tiene siempre la misma confianza en el entrañable cariño de su primo.»

Y Dimas, escribiendo estos renglones, tenía que levantar la cabeza y secarse los ojos para que no cayeran las lágrimas sobre el papel.

¿No era Dimas digno de ser amado, amable y discreta lectora?

VII.

Más lo era que el elegante, simpático y apuesto Perico Guevara, á quien Cármen tuvo la desgracia de amar.

Todos los informes que tomó D. Julian, tan celoso del porvenir de su hija, fueron favorables á Guevara, que tenia, como se verá luego, el gran talento de engañar á todo el mundo y aparecer á los ojos de todos exento de aquellos vicios que más arraigados estaban en él. Era, pues, Guevara un hombre temible, como que era un hipócrita. No hay maldad de que no sea capaz el hipócrita.

No sólo supo cautivar el corazón inocente de Cármen, sino que también la voluntad de los padres, tan temerosos siempre de que su hija no eligiese bien el compañero de toda su vida.

Perico Guevara era amabilísimo; su carácter parecía el más apacible, dulce y compasivo; y, sin embargo, sería difícil hallar persona ménos dispuesta á la benevolencia, ménos tolerante con todo el mundo. Parecía un hombre temeroso de Dios y religioso, y era lo que se llama un ateo; es

decir, un refinado egoísta, tan ignorante como soberbio, que niega lo que no comprende, en su mísera inteligencia.

Pero con decir que Perico era lo contrario de lo que parecía, está dicho qué casta de pájaro le salió á la pobre Cármen por novio. Novio era éste, que ni de encargo podía hallarse peor; y, sin embargo, todas celebraban y encarecían la buena suerte de Cármen, que iba á casarse con el mejor mozo de la corte, que, sobre ser tan buen mozo, era tan bueno, tan sencillo, tan amable, tan á la buena de Dios, y luego, tenía tanto acierto como bolsista, y ganaba tanto dinero, y estaba destinado á ser millonario ántes de mucho.

Los padres de Cármen vieron llegar el temido instante del casamiento de su hija con más calma de la que manifestaban en sus conversaciones acerca del porvenir de la hermosa y digna jóven. Creían que habían encontrado para ella el hombre mejor del mundo, el que mejor comprendería la sensible y delicada naturaleza de aquella alma de Dios; el que con más amor y dulzura la trataría; en fin, el marido más perfecto.

Solamente su sobrino Dimas hubiera sido tan buen marido para su hija; pero Guevara tenía sobre Dimas la ventaja de tener una cara más regular y presentable que la de Dimas, y un cuerpo ménos desgarbado y lácio. Era preciso querer mucho á Dimas y conocer sus bellas prendas para

acostumbrarse á aquella cara tan mal avenida con las reglas de la estética. Allá, en el pueblo, nadie reparaba en la fealdad del médico, y, por el contrario, á todos parecia el hombre más hermoso, como que para ellos habia sido ángel enviado por el cielo.

Ya estaba todo dispuesto para el casamiento de Cármen y Perico; pero á la hermosa jóven le preocupaba mucho la ausencia de Dimas. Quería que su primo, el que habia sido su hermano cariñoso, á quien tanto amaba y que tanto la amaba, fuera testigo de su casamiento.

—Si él no está aquí, tendré mucha pena, habia dicho Cármen á su padre; y éste, dispuesto siempre á complacer á su hija, fué al pueblo á buscar á Dimas.

Perico Guevara oía en casa de su novia hablar siempre de Dimas, del pobre Dimas, con tanto elogio y encarecimiento, que le pareció prudente manifestarse él tambien dispuesto al entusiasmo respecto de un hombre de tan relevantes cualidades, y tambien expresó su deseo de que el primo Dimas asistiera á la solemne ceremonia.

¿Y qué habia de hacer el pobre Dimas?... ¿Cómo no habia de acceder á las súplicas de su tío, á quien tanto debia, y de su prima, á quien tanto amaba?... Además, era para él aquella una ocasion propicia de mostrar su humildad, su re-

signacion, su obediencia á la voluntad de Dios, era ocasion de sufrir, y hubiera sido soberbia y cobardía esquivarla.

Llegó Dimas á Madrid á tomar parte en la fiesta, y la primera visita que recibió fué la de Perico Guevara, que, amable, rendido, humilde, iba á ponerse á sus órdenes y ofrecerle su amistad. Perico empezó adulando extraordinariamente á Dimas, ponderando su talento, encareciendo sus buenas acciones, y manifestándole el afan que tenia de conocerle y estrechar su mano. Aunque tenia tantas picardías Perico y sabia tratar á las gentes del modo más apropiado para lograr general simpatía, no comprendia que á las personas de verdadero talento y grandes merecimientos enoja y fatiga la adulacion, que suena tan agradable en los oidos de los necios y de los vanidosos.

Esta primera entrevista no favorecia mucho á Perico en el ánimo de Dimas, y no era porque estuviese prevenido contra él, como que en él veia un rival favorecido que le arrebatava el bien que tanto habia codiciado, porque Dimas era hombre de tan rectas ideas, de tan nobles sentimientos que hubiera reconocido y proclamado las virtudes de su más fiero enemigo con el mismo entusiasmo, con igual sinceridad que las de la persona más amada. Dimas conoció en la primera conversacion que Perico era un hipócrita, que decia lo

que no sentia, y nada repugnaba tanto á su hidalguía como la doblez y la mentira.

Cármen preguntó á Dimas:

—¿Qué te ha parecido mi prometido?...

—Cuando tú le has elegido estarás cierta de su amor.

—¡Oh! sí; me lo ha dicho tantas veces y en tales términos, que no es posible dudar. Mucho tiempo he vacilado, pero ya no debia vacilar más desde el momento en que mis padres aprobaron mi eleccion.

—Dices bien; las hijas deben casarse siempre con la aprobacion de sus padres.

—¡Oh! yo, por mucho amor que tuviera, no me habria atrevido á contrariar á mis padres. Y tú, ¿cuándo te casarás?...¿no has pensado nunca en eso?

—No... no he pensado, ó si he pensado alguna vez, ya no pienso casarme.

—¿Quieres vivir solo?

—Sí

—Es muy triste vivir solo.

—Yo no estaré tan solo; allá en el pueblo tengo una familia numerosa, que me ama y necesita de mí.

—¿Tus enfermos?

—Sí, nunca estoy solo; paso el dia con ellos, y la noche pensando en ellos, cómo aliviare sus males, cómo arrancaré su presa á la muerte.

—Pero eso es una vida de constante trabajo y sacrificio.

—Es cumplir con mi deber, y nada más.

—Te encuentro muy cambiado, Dimas; ya no eres conmigo franco, expansivo.

—Podrá ser como dices, pero te quiero tanto como antes y como siempre, y todo mi deseo es que seas dichosa.

—Nada me satisface y me anima tanto como ese deseo tuyo. Por supuesto, que seguirás siendo mi médico siempre.

—A no ser que se oponga tu marido. Ahora tú ya no tendrás más voluntad que la suya.

—Él no se opondrá, porque yo nunca toleraría otro médico.

—No se opondrá, en efecto, si te ama como crees.

Y llegó el día anterior al señalado para el casamiento.

Cármen no podía darse cuenta de lo que sentía, pero sentía una vaga inquietud, una intranquilidad, un deseo de llorar, un tormento, en fin, inexplicable.

Acaso, en aquellos momentos, los últimos de la vida de soltera, tenía un presentimiento de lo que la suerte le reservaba, de las penas que iba á sufrir su hermoso corazón.

Quería aparentar calma, y estaba aturdida, inquieta, y no contribuía poco á esta inquietud la

idea de que Dimas no veía con gusto su casamiento. Esta idea le mortificaba mucho, porque Dimas debía tener alguna razón poderosa para no alegrarse de su felicidad.

Cármen fué á buscarle á su habitación.

—Dimas, le dijo, ¿vas á ser franco y bueno conmigo?...

—Sí, prima mía. ¿Qué quieres?

—Quiero que me digas si estás contento de que yo me case.

—Yo celebro tu alegría y participo de ella, porque el mayor placer para mí es verte contenta.

—Eso no es decir nada; eso es lo mismo que me dices siempre.

—Pues ¿qué quieres que te diga?... Yo te diré lo que quieras.

—A tí no te parece bien mi prometido. ¿Por qué? Tú debes tener algunas razones.

—Hija mía, habiéndole elegido tú por esposo, le respeto.

—Pero no le quieres.

—Si te hace feliz, sí le querré; pero ántes de saber cómo se conduce...

—Luego tú crees que puedo no ser feliz con él.

—¡Cármen, por Dios! yo no creo nada. ¿Quién puede asegurar que lo serás ó que no lo serás? Lo probable, lo lógico es que lo seas, puesto que le amas y eres buena; y si él no te amase, sería tan infame y miserable, y... tan villano...

—¡Jesus! me asustas, exclamó Cármen, al oír estas palabras y viendo brillar los ojos de Dimas de una manera extraña.

Dimas se contuvo, serenó el semblante, y en sus ojos brilló otra vez la dulzura con que siempre había mirado á su amada prima.

—Perdóname, añadió; te quiero tanto, que es natural que me indigne al suponer que podría haber un sér tan malvado que te hiciera desgraciada. Tú serás feliz, Cármen.

Pero Cármen no se tranquilizó. Dimas no aprobaba su casamiento, y esto le preocupaba profundamente.

Sus padres, que ya estaban ciegos hacia tiempo, notaron la inquietud de Cármen, pero la creyeron muy natural.

El casamiento era un acto de tanta trascendencia, que no tenía nada de particular que preocupase mucho á Cármen, la niña mimada de sus padres, la que nunca había tenido penas, la que no había visto en el mundo más que flores y sonrisas.

El casamiento se verificó, asistiendo como testigo el pobre Dimas, que sufrió aquel día el más horrible dolor, la más profunda pena; cuando, terminada la ceremonia, Cármen fijó sus ojos en los de su primo, vió brillar en estos dos lágrimas.

Y entónces lo comprendió todo intuitiva-

mente; entónces comprendió cuánto la amaba el pobre Dimas.

El siguiente dia volvió Dimas al pueblo, donde fué recibido con el mismo entusiasmo que si su ausencia hubiera sido muy larga.

Y se notó mucho en el pueblo que el médico parecia muy distraido, y que se le oia algunas veces murmurar esta frase:

¡Pobre Cármen!

Y esto preocupaba grandemente al cura y al pueblo entero, que temian que el médico se les volviese loco.

VIII.

Ha pasado cerca de un año.

La madre de Cármen ha muerto, victima de una enfermedad aguda. D. Julian vive solo, triste y enfermo. Cármen vive con su marido, pero ya no es aquella hermosa y delicada criatura, siempre dulce, expansiva, sonriente; es la mujer sin ventura que sufre profundos pesares y dolores sin fin, es la esposa mártir de un miserable.

Dimas sigue en el pueblo, amado y bendecido de todo el mundo.

Un dia, el cartero le entrega una carta de Madrid: la carta es de su tio.

«Por Dios, dice, por Dios, ven apénas recibas esta carta. Mi hija, tu amada prima, nuestra querida Cármen, se muere y clama por tí. Ven, por Dios, hijo mio. Tu tío.—*Julian.*»

Dimas se puso en camino inmediatamente; su tío le esperaba en el sitio donde paraba el coche.

—Vamos, dijo á su tío, vamos.

—Si supieras... Mi hija sufre mucho, mi hija se muere abandonada.

—¿Abandonada?... Pues su marido...

—Su marido es un infame.

—¡Ah! no me engañaba él corazón.

—Perdóname, Dimas, hicimos mal su madre que esté en gloria, y yo, muy mal, en no hablar á tiempo á Cármen de tu amor.

Ustedes no; yo fui quien se lo impidió á ustedes. Pero, ¿qué pasa?...

—Cármen está de parto, y se muere, se muere.

—Pero, ¿no la asiste nadie?... ¿Su marido sabe que yo vengo?...

—Sí, lo sabe ya, y no se ha opuesto. Yo creo, Dios me perdone, que el villano cree que su mujer ya no tiene remedio.

Dimas y D. Julian llegaron á la casa de Cármen. Perico Guevara habia salido. Cármen estaba en el lecho, asistida por un buen hombre, que era cirujano, y no de los más expertos, y un amigo de éste, cursante de cirugía. Al ver entrar á Dimas, el cirujano demostró notable satisfaccion, y

respiró como quien siente que le quitan un gran peso de la conciencia.

Hizo salir á Dimas al gabinete, y le dijo:

—Celebro mucho que venga V., yo no puedo más, yo no he visto nunca un caso tan grave y no sé qué hacer. Mi deseo es bueno, pero no puedo más. Dios quiera que pueda V. salvar á la pobre señora.

En efecto, Cármen se hallaba en un estado gravísimo. Hacia dos dias que sufría horribles dolores, y parecia imposible que su delicada naturaleza hubiese resistido tan penoso sufrimiento. Vió á Dimas y se animaron sus ojos, y una inefable sonrisa se dibujó en sus labios. La presencia de su primo le daba confianza. Quiso hablarle, pero no pudo.

Dimas vió inmediatamente el peligro en que se hallaba Cármen, y se dispuso á hacer lo posible para salvarla, poniendo en Dios el pensamiento, y pidiéndole que le diera valor y acierto en aquel supremo trance.

Era indispensable hacer en aquel delicado cuerpo una dolorosa y arriesgada operacion que ofrecia pocas esperanzas de buen éxito, por el estado de postracion y decaimiento en que se hallaba la paciente.

Dispuso Dimas una bebida que reanimó á Cármen, y luego le hizo comprender lo que era preciso hacer.

—En tí confío, le dijo la triste, pero sobre todo salva á mi hijo.

Hablaron bajo Dimas y el padre de Cármen, y ésta, adivinando de lo que se trataba, llamó á su primo para decirle:

—No quiero que me duermas; no, no quiero que me evites los dolores, porque no quiero morir sin ver, aunque sólo sea un momento, á mi hijo. Por él todo lo sufriré, para todo tendré fuerzas.

—Pide á Dios que te acuda, Cármen, y espera y confía.

Y Dimas, que sufría tanto en aquellos momentos de angustia, sereno, enérgico, imperturbable, hizo la terrible operacion; Cármen quedó privada de sentido, miéntras Dimas sostenía en sus manos al hijo de Perico Guevara. Dimas no pudo contener un grito. El recién nacido era horrible. Tenía la pobre criatura una cabeza enorme, unos piés desproporcionados, una prominencia en las espaldas, y el pecho abultado en demasía.

Aún no había vuelto de su desmayo Cármen, cuando entró el marido, que, después de saludar á Dimas, le preguntó con la mayor indiferencia:

—Y ¿qué es lo que nos ha nacido, lo que nos ha enviado Dios?...

—Vea V., contestó Dimas, y presentó el recién nacido.

—¡Diablo!... me parece que no debemos estar

orgullosos de nuestro hijo. Puede que con el tiempo sea un Apolo, pero no lo parece. Bien decia su madre, que en viniendo V. saldria de su cuidado.

Dimas hubiera ahogado de buena gana á aquel hombre.

—Y la madre, ¿está bien?... preguntó Guevara.

—Puede V. comprender cómo estará despues de lo que ha sufrido. Yo no puedo responder de salvarla, pero sí respondo de hacer todo lo posible. La pobre criatura que acaba de nacer, si vive, necesitará mucho el cuidado y el amor de su madre.

—¿Por qué dice V. eso?...

—Porque creo que será muy débil y enfermo, y desdichados los niños de esa condicion que no tienen madre... Pero no debo separarme de ella, y vuelvo á su lado.

La criada de la casa, ayudada por Dimas, abrigó al niño. Allí habia un abandono extraordinario. Faltaba todo lo más preciso; faltaban amigas cariñosas que cuidaran á la enferma; D. Julian, interpelado por Dimas, dijo á éste:

—Si mi hija no se trata con nadie; si desde que se casó vive sola, aislada... Ya te contaré, ya te contaré.

Tambien á la criada, que envolvia al niño, le pareció éste bastante desgraciado, y D. Julian no pudo ménos de exclamar:—¡Válgame Dios!... este niño es jorobado.

El dia siguiente, la madre, al ver á su hijo, no reparó en su deformidad, y con una celestial sonrisa, le besó, diciendo:

—Bendito seas, hijo mio, bendito seas, y benditas las largas horas que he padecido para que tú nacieras. Hijo mio, ya no estaré sola en el mundo, ya seré fuerte para sufrir, ya no me arredra nada, ya no quiero morir para reposar; no, no; quiero vivir y padecer mucho por tí, alma mia, por tí. ¡Ya soy madre!...

Dimas le hizo callar, recomendándole el más absoluto reposo, y Cármen obedeció.

Despues de quince mortales dias de temores y esperanzas, Dimas dijo que á no sobrevenir algo anómalo é inesperado, Cármen se salvaria, y el chico, aunque débil y contrahecho, no parecia tampoco dispuesto á emigrar de este mundo, y la nodriza que le criaba, miéntras la madre estaba en disposicion de hacerlo, aseguraba que podia ser el niño todo lo ruin de naturaleza que se quisiera, pero que tenia unas soberbias ganas de tragar á toda hora.

Un mes tardó Dimas en volver al pueblo, dejando á Cármen muy débil aún, pero ya completamente fuera de peligro inmediato. D. Julian le acompañó, deseoso de pasar con él tres ó cuatro dias y contarle sus penas.

Por él supo Dimas que Perico Guevara, no sólo no queria á su mujer, sino que la aborrecia. Él

que parecia tan noble y desinteresado cuando novio, resultó ser luego un trapisondista, que se habia casado con Cármen porque ésta le aportaba una considerable cantidad. Todo era en él engaño y fingimiento. Su fortuna era imaginaria, su amor mentira vil, su carácter, que tan dulce parecia, iracundo, violento, injusto, insoportable. A los pocos dias de matrimonio comenzó Cármen á verle tal cual era; necio, soberbio, grosero, ateo, cínico, hipócrita y malvado.

Mis sensibles lectoras comprenderán el triste desencanto de la infeliz unida para siempre á semejante ente.

En pocos meses habia perdido en desatinadas jugadas de Bolsa y en sus vicios la dote de su mujer, y el mismo D. Julian comprometió en las disparatadas operaciones de su yerno una gran parte de su fortuna.

Cármen vivia sola; su marido no la llevaba á ninguna parte, y verdaderamente á donde él iba no podian ir señoras. Su vida era la más triste y amarga.

Era Perico Guevara tan incapaz de querer, que ni aún aquella mujer incomparable habia podido conmovier su corazon, aquella mujer que hubiera hecho la ventura de cualquier hombre de bien. Así, esperaba ella con ansia aquel hijo amado, que seria su consuelo único, su única alegría, la sola felicidad que ya podia lograr.

—Entonces, pensaba la desventurada, ya no me importará tanto que mi marido pase los días y las noches fuera de casa; yo estaré con mi hijo; no me preocuparán tanto los devaneos del padre de mi hijo, no sufriré tanto como sufro ahora. Ahora tengo miedo, tengo miedo á ese hombre; paso las noches desvelada, escuchando, y al más leve ruido ya pienso que ese hombre viene á ahogarme en el lecho; entonces, abrazada á mi hijo, dormiré tranquila, porque ¿quién se ha de atrever á matar á una madre que tiene en sus brazos á su hijo?...

Dimas no habia formado muy ventajosa idea del novio de su prima, pero nunca hubiera creido que existia hombre de tan refinada maldad. Durante los días que pasó Dimas cuidando á Cármen, despues del parto, observó mucho á Perico, y comprendió que en aquel cerebro habia algun trastorno, complicado con una lesion orgánica del corazon.

—Ese hombre, dijo á D. Julian, vivirá poco.

—¿Por qué lo dices?

—Porque le he observado, y creo que morirá repentinamente cualquier dia que se agite un poco ó tenga alguna fuerte emocion, producida por la violencia de su carácter.

—Es triste pensar que esa es la única esperanza que puede tener mi pobre hija de vivir tranquila, ya que no venturosa.

—Sí, señor, triste esperanza por cierto. Y ¡ojalá no suceda ántes una desgracia!...

—¿Qué temes?...

—De un hombre así todo puede temerse. ¿No me dice V. que alguna vez ha proferido amenazas contra su mujer?

—Sí.

—¡Oh! estoy seguro que habrá sido algo más que amenazas. Su hija de V. habrá recibido algun golpe.

—¡Ah! ¡miserable!

—Y en él la enfermedad que padece aumenta y hace más temibles los efectos de su carácter, pero no atenúa su maldad. Si solamente á aquella causa pudieran atribuirse sus arrebatos, no sería, como es, hipócrita solapado.

—¡Pobre hija mia!

—¡Pobres de nosotros que tanto la amamos!...

—¿Y qué te parece el recién nacido?

—Querido tío, que es un desdichado.

—¿Vivirá?

—Puede ser: el amor maternal es muy poderoso, y Dios le permite hacer grandes milagros.

—Yo no puedo comprender cómo una niña tan débil y delicada como mi hija ha podido sufrir tanto.

—El instinto maternal presta fuerza incontra-

table, inmensa, á las más débiles y flacas criaturas. Yo he visto algunos ejemplos en las clinicas de la facultad durante mis estudios.

IX.

Cármén, á pesar de los malos tratamientos de su marido, á pesar del desamor que en él advirtió desde los primeros dias de su matrimonio, todavía le juzgaba mejor de lo que era, todavía creia la infeliz que amaria á su hijo, que aquel inocente niño aplacaria su enojo, dulcificaria su carácter, moveria su corazon á sentimientos más tiernos, más apacibles, más gratos.

Y este fué otro desengaño: el padre no amaba á su hijo, y claramente lo demostraba, apartándole cuando la atribulada madre se le presentaba, y diciendo cinicas groserias á propósito de la raquítica naturaleza de la inocente criatura.

Y esto ofendió más que todo á la madre, más que los malos tratamientos, y las torpes injurias, y los soeces insultos, y hubiera mirado con horror y odio á su marido si en su corazon pudiera haber el rencor, si su alma buena no fuera refractaria á todo lo que no fuese amor, nobleza y abnegacion.

Pronto llegó la catástrofe que Dimas había previsto.

Una tarde volvió á casa Perico más sombrío que nunca, más irritado; había perdido en la Bolsa una cantidad de gran consideracion, atendido el estado precario de la fortuna de su mujer, que era la víctima de sus peligrosas combinaciones bursátiles. Cármen quiso calmarle, y sus palabras dulces, sus consejos, sus observaciones, llenas de resignacion y humildad, le exasperaban más y más, y tanto le exasperaron que, ciego de ira, fué á lanzarse sobre su víctima... Pero Dios, siempre justo, le hizo caer á los piés de Cármen, presa de horrible convulsion. Cármen, con su hijo en los brazos, corrió desolada á pedir auxilio, pero todo fué en vano. Su marido había dejado de existir.

Su muerte fué, segun dijeron algunos periódicos, muy sentida, sin duda por los que no le conocian más que en visita, pero por su alma no subieron al cielo otras oraciones que las de la casta esposa mártir...

Dimas no podía alegrarse de la muerte de nadie, porque era bueno; pero al recibir la noticia exclamó:

—Verdaderamente, ¿para qué estaba en el mundo este hombre?

Y esta era la oracion fúnebre más generosa que podía dedicarle.

X.

El difunto dejó no pocas deudas, y D. Julian las pagó con lo último que le quedaba, reservando únicamente la renta que le producía una casa en una calle extraviada, á una de cuyas habitaciones se trasladó con su hija y su nieto.

Cármen quiso que no quedase mala fama de quien había sido su marido, de quien era el padre de su hijo, y D. Julian fué del mismo dictámen. Hasta después de muerto recibió beneficios de su mujer aquel desdichado.

Cármen se consagró á su hijo, pobre sér á quien nadie quería más que su madre.

Todas las enfermedades de la infancia las tuvo aquel niño desventurado. Su rostro era más que feo, asqueroso, plagado de granos, de pústulas, que le daban un aspecto repugnante. El cuerpo era un esqueleto, y las erupciones que le salían á la piel le hacían sufrir horriblemente. Cuando, rara vez, la criada se atrevía á cogerle, no sin asco, el chico se desgañitaba, porque le hacía daño, aunque le cogiera con cierto mimo; solamente su madre sabía cogerle sin hacerle mal, so-

lamente en sus brazos callaba la encanijada criatura. Un dia amanecia con ménos manchas en la cara, y la madre sentia una suprema alegría, pero le miraba, le llamaba... y estaba ciego. Pasaban dias y seguia ciego; al fin abria los ojos, y el mismo dia una erupcion más fuerte que todas le convertia en un mónstruo. Veíanle los médicos, y todos quitaban á la madre toda esperanza de conservar aquella vida, y le propinaban medicinas costosas, que Cármen sólo podia obtener siendo gravosa á su padre, cuya renta era ya sobrado reducida. Y la incomparable madre vendia sus pocas alhajas, sus trajes, sus libros de música, sus recuerdos más queridos, para comprar la salud de su hijo, que cada vez estaba peor y parecia más próximo á su fin.

¡Cuántas veces ví á la triste en la calle, con su hijo en brazos, con los ojos escaldados por el llanto, con el semblante profundamente triste... que iba á la consulta gratuita de algun médico, ó á pedir bonos para que le dieran de caridad medicinas!...

Y al pasar á su lado una mujer záfia exclamaba, mirando al niño:

—¡Jesus! ¡qué criatura!...

—¡Vaya un engendro lucido! decia jovialmente un jóven á otro.

—¡Ay! ¡qué demonio! murmuraba una criada insolente.

Y la madre, oyendo estas exclamaciones, estrechaba en sus brazos al raquitico, y decia:

—¡Hijo, hijo mio, alma de mi alma! ¡todavía no somos tan desgraciados! ¡todavía tienes tú madre; todavía tengo yo hijo!...

Y todos los médicos de Madrid conocian ya á la pobre madre, y al verla entrar á las horas de consulta, movian tristemente la cabeza, como diciendo:

—Pero, señora, si ese niño no tiene remedio, si no le podemos curar...

Y sin embargo, pasaba tiempo, y el niño vivia, bien que los médicos aseguraban que no podia vivir, y ya tenia tres años, y todavía no podia andar, todavía le llevaba su madre en brazos siempre. No podia andar porque tenia un pié contrahecho, y para corregir aquella enfermedad era preciso un aparato que costaba una suma considerable.

Cármén no se desalentó: cogió el ya arrinconado bastidor donde bordaba cuando soltera, y le puso en disposicion de servir; vendió un traje, compró seda, oro y todo lo preciso para bordar una imagen de la Virgen, y, aprovechando todas las horas en que el niño dormia, renunciando ella al sueño, hizo un delicadísimo bordado que, por su perfeccion y buen gusto, nadie hubiera podido sospechar que era obra de quien tantas preocupaciones y tantas penas sufria, y tantas lágrimas

derramaba. Obra parecia de mucho tiempo, no de breves dias, hecha con toda comodidad y holgura, no con tanta zozohra y angustia.

Cármén estaba satisfecha de su trabajo, y casi se culpó de no haber acudido ántes á este medio para procurarse algunos recursos, como si la triste madre hubiera estado ociosa alguna vèz, como si el cuidado de su hijo le hubiese dejado tiempo que emplear en labores delicadas; pero se prometió trabajar en lo sucesivo y ser así ménos gravosa á su padre y á su hijo, porque la casita que su padre poseia ¿para quién habia de ser, andando el tiempo, más que para su hijo?

Cuando hubo terminado aquel primor de bordado, escribió una sencilla y conmovedora carta á la reina de España D.^a Isabel II, ofreciéndole su trabajo, pidiéndole un socorro para su hijo, y entónces tuvo suerte la desdichada. La reina, cuya generosidad siempre ha sido grande y digna de una reina, y á quien nunca acudieron en vano los que la imploraban, y de ello pueden dar fe muchos que luego le han mostrado su agradecimiento volviéndose contra ella, le envió una cantidad mayor de la que necesitaba por el momento, y con la cual estaba espléndidamente pagado el trabajo que le habia dedicado la afligida madre.

Y Angel, que ya es hora de decir cómo se llamaba el pobre niño, tuvo su aparato para corregir la mala configuracion de la piernecita, que no



tenia más que el hueso y la piel, y su madre experimentó una gran alegría al comprender que el niño podría andar con aquel auxilio, y que este ejercicio ayudaría á su desarrollo.

Pero la criatura era lo que se llama el *rigor de las desdichas*, y cuando se aliviaba de una dolencia, le acometía otra: sarampion, alfombrilla, escarlata, todas esas enfermedades que envían á millares angelitos al cielo, se cebaron en aquel cuerpecito miserable, y por milagro divino, Angel, siempre á la muerte, vivía con asombro de todos, de todos, ménos de su madre, de su madre, que no podía creer que el cielo había de quitarle aquel hijo que tantas lágrimas y tantos terribles dolores le había costado.

Otras madres gozan pronto la alegría de oír á sus hijos pronunciar algunas palabras, gozan sus inefables sonrisas, sus graciosas miradas, sus tiernas caricias, sus donosos gestos; Cármen no tuvo tampoco esa dicha: Angel no se sonreía nunca; sus ojos no tenían esa viveza, esa gracia, esa inocente y encantadora picardía, digámoslo así, que tienen los de los niños de su edad; siempre estaban llorando, llenos de humor, amarillos, sin animación, sin vida; quería hablar la criatura, y no articulaba ninguna palabra, por más que su madre le repetía sin cesar algunas de inefable cariño; de su boca salía una especie de quejido que causaba pena oírlo. Era preciso tener un alma

muy pervertida para no compadecer profundamente á aquella madre.

—¡Jesus! más valia que Dios se le llevara, decian los que veian al niño; y algunos tenian la crueldad de proferir tales palabras delante de la misma madre, que le apretaba contra su seno y estampaba un beso de amor infinito en sus descoloridos labios.

XI.

La esperanza habia renacido en el corazon de Dimas.

Viuda su prima, sin fortuna, sin otro apoyo en el mundo que su padre anciano, él podria ofrecerle el tesoro de amor que entero conservaba su corazon; y, sin embargo, cuatro años hacia que estaba Cármen viuda, y todavía Dimas, que habia venido muchas veces á Madrid, no habia hablado de su amor á la triste.

Era que Dimas comprendia que en el alma de su prima ya no cabia otro sentimiento que el amor maternal.

—Solamente, se dijo Dimas, hay un medio de que Cármen me ame al fin y acepte mi nombre: el que ame á su hijo y le salve de la muerte, ese sí que será amado por ella.

Dimas vino á Madrid otra vez, y fué á ver á Cármen, que siempre le recibia con alegría.

—Hacia ya tiempo, dijo á su prima, que no veia á tu hijo, y vengo por eso á ver los prodigios que en él ha hecho tu amor.

—Dios te pague la caridad, primo mio. Tú eres el único que se acuerda de mi hijo. Mirale; ya puede andar, aunque con trabajo; advierte cómo se le han mejorado los ojos: eso sí, me ha costado á mí pasar dias enteros con él en una habitacion oscura, porque este pobre niño no puede estar solo; siempre he de estar yo con él, y en cuanto me separo un momento se aflige de un modo el pobrecito... Parece que conoce que no tiene más amparo que yo en el mundo... ¡Oh! ¡cuánto agradezco á Dios esta pobreza en que me encuentro! ¡cuánto me alegro de haber sufrido tanto! . . Porque si hubiera vivido llena de comodidades, en la sociedad, con muchos criados, con muchos medios, acaso mi hijo habria muerto, porque yo hubiera tenido que cumplir mis deberes de sociedad, y, aunque contra mi voluntad, hubiese dejado á veces á mi hijo confiado á otras personas... y habria muerto mi hijo, seguramente que habria muerto, dadas sus escasas condiciones de vida.

—Tienes razon; por ti únicamente vive tu hijo. Confiado al médico más eminente y celoso, ese niño no hubiera podido vivir.

—¡Ah! ¡cuán grato es para mí que á mi sola deba la vida!

—Bien puedes vanagloriarte de ello.

—Ahora, los días que está mejor, le enseño á leer.

—¿Cómo, si apenas pronuncia las palabras?

—Muy fácilmente; le señalo las letras y se las repito muchas veces, y así las va conociendo, y cuando pueda hablar ya las sabrá todas.

Y en efecto, Cármen le ponía delante el libro, le decia las letras, y él, segun las oia, las iba señalando en el libro.

Pero ¡cuánto habia costado á la madre este resultado!

Solamente ella podia haber empleado tan gran caudal de paciencia en aquella improbable tarea.

Dimas admiró una vez más á Cármen.

—Nadie quiere á mi hijo; su mismo abuelo le compadece, siente sus males, pero no le ama.

—¡Pobre criatura! exclamó Dimas. Y acercándose al niño, le dió un beso.

—Gracias, Dimas, dijo Cármen, gracias por esa caricia á mi hijo: es el primer beso que recibe de labios que no son los míos. Perdóname, yo creia que tampoco tú querias á mi hijo. Yo le enseñaré á que te ame y te respete, porque tú salvaste á su madre, y le salvaste á él en aquel tremendo y dichoso día de su nacimiento.

—Dia terrible fué aquel para ti, Cármen; pero quizá lo fué más para mí. Tú, á lo ménos, tenias, en medio de tus agudos dolores, una esperanza risueña, tu hijo; yo no tenia ninguna esperanza, como no la tengo hoy, como no la tendré nunca...

Cármen calló y miró á su hijo, comprendiendo perfectamente lo que sentia su primo en aquel momento. El amor de Dimas no era un secreto para ella hacia mucho tiempo. El mismo dia de su casamiento con Guevara adivinó el amor de su primo, y luego su padre se lo habia referido todo. Sabia que por ella, porque ella amaba á otro, habia renunciado la brillante posicion de catedrático, tan legitimamente ganada; que por ella habia ido á un pueblo infestado de horrorosa epidemia, buscando la muerte, y sabia, en fin, que por ella viviria él solo siempre, oscurecido en un pueblo miserable, debiendo haber brillado en el mundo en medio de las mayores eminencias de la ciencia.

Y apenaba mucho á la jóven madre pensar que ya era tarde, que ya no podia amar á Dimas, porque su amor debia ser todo entero para la inocente criatura con tantas desdichas venida al mundo.

Cármen, despues de un momento, alargó su mano á Dimas, y le dijo:

—Seremos hermanos, Dimas. Dios lo ha dis-

puesto así. ¿Qué hemos de hacer sino cumplir su voluntad?

—Tienes razon.

—¿Vienes esta vez por muchos dias?

—No; he venido principalmente por ver á tu hijo.

—¿Te parece que podré esperar que vivirá?

—¿Quién puede dar respuesta á esa pregunta?

—Dios me favorece visiblemente haciendo eficaces mis cuidados; yo tengo mucha confianza.

—Tienes fé.

—¡Oh! sí; fé ciega; y esta es una gran ventura para mí. Nunca la fé en Dios me abandonó, nunca; por eso he podido sufrir tan duras pruebas. ¡Qué desgraciados deben ser los que no tienen fé! Les compadezco. Pero dime, hermano, querido hermano mio, ¿por qué no te trasladas á Madrid, donde tanto brillaria tu talento, donde tanto bien podrias hacer con tu ciencia?

—No, hermana mia, no.

—Te has condenado á la oscuridad, á la pobreza; has renunciado lo que habias ganado tan dignamente en una brillantísima oposicion...

—No hablemos de eso, Cármen. Yo tenia grandes aspiraciones, ambicion, ambicion legítima de glorias, pero todo eso ha pasado. Estoy contento con mi oscuridad y mi pobreza. Para mí solo no necesito nada, todavía me sobra, y eso que en el pueblo las pagas son cortas y tardías;

pero si no pueden pagarme con dinero, me pagan con afecto y agradecimiento, que vale más. Vivo bien, no lo dudes; puedo decir que vivo tranquilo, y esto me satisface enteramente; porque *vivir tranquilo* es ventura de que no gozan muchos que pasan en el mundo por muy dichosos.

.....

Dimas volvió al pueblo, como siempre, sin esperanza.

—¡Solo! exclamaba, ¡siempre solo!... Este es mi destino. ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

XII.

D. Julian, el padre de Cármen, estaba muy quebrantado de salud. La prematura é imprevista muerte de su esposa, á quien amaba mucho, la pérdida de su fortuna, el profundo pesar que le causó la desgracia de su hija, todos estos sufrimientos morales habian contribuido poderosamente á la ruina de sus fuerzas físicas. Una noche fué acometido de un ataque apoplético; felizmente, su hija no se habia retirado aún y pudo acudirle; sin su auxilio, el pobre hombre habria muerto.

Pero el infeliz quedó paralítico á consecuencia

de la enfermedad, y perdió casi por completo la inteligencia.

Quedó como un niño, y lo mismo que á un niño habia que cuidarle. Cármen tuvo doble trabajo, porque el paralítico no queria que otra persona se acercase á él.

Y otro dolor sufrió la atribulada madre: el paralítico, desde que estuvo en tan triste situacion, cobró odio á su nieto, y en cuanto veia á su hija con el niño en los brazos, se impacientaba y hasta se ponía furioso. Era, pues, preciso evitar que el enfermo le viese, y ya puede el lector considerar cuánto aumentaria esta circunstancia el trabajo de Cármen para cumplir sus deberes de hija y de madre.

Dimas volvió á Madrid, al saber el estado en que se hallaba su tio, que habia sido para él un verdadero padre, y considerándole incurable, y comprendiendo que era demasiado para Cármen sola el cuidado del nieto y el abuelo, se manifestó dispuesto á trasladar su residencia al lado del paralítico. Pero, ¿cómo podria vivir en Madrid?... Su tio apenas tenia lo absolutamente preciso; Cármen habia de trabajar para aumentar, aunque poco, los recursos indispensables. El no era conocido en Madrid; su rasgo benéfico estaba olvidado; la cátedra provista ya, mediante nueva oposicion... ¿Dónde iba á encontrar medios de vivir?... Podria anunciarse en los periódicos como

especialista para tal ó cual enfermedad, podría asegurar que curaba la tisis en media hora, y el asma en tres minutos, y el hígado en un segundo, y los inocentes enfermos acudirían al reclamo; pero esto, que á muchos les vale buenos cuartos, repugnaba á su carácter. El hacia de la ciencia un sacerdocio, no una industria muy parecida á la estafa. El médico, en estos tiempos de alta farsa, necesita rodearse de cierto aparato, tener amigos que le elogien en los periódicos, ir en coche corriendo por Madrid á toda hora, aunque no tenga ni un mal constipado que curar á nadie; el caso es que se le vea en coche á escape; y tampoco le viene mal meterse á hombre político, porque entónces puede llegar á ser, con asombro de Esculapio, hasta gobernador de provincia, ó ministro del Tribunal de Cuentas, ó de Marina, que se han visto cosas más raras.

Dimas lo pensó mucho, y al fin resolvió establecerse en Madrid. Visitaria á los vecinos del barrio, á todos los pobres, y por poco que le pagasen, siempre le darian para vivir y ayudar á su prima, que tan escasa de recursos se hallaba para sus dos enfermos.

En el pueblo faltó poco para un motin: los pobres vecinos no querian que *les matase* otro médico que D. Dimas, y se oponian enérgicamente á que les abandonara; dejáronle marchar los vecinos, porque les prometió volver, en el desgra-

ciado caso de que muriese su tío; y como, á juzgar por lo que él mismo contaba de la enfermedad del tío, éste no tenia remedio, pensaron que en breve le tendrían otra vez de médico de cámara.

Poco tardó Dimas en hacer sus preparativos: metió sus libros en un baul, y se puso... lo único que tenia, lo puesto. El pueblo entero salió á despedirle, deseándole pronto regreso, lo cual era lo mismo que decirle:—«Celebraré que reviente su tío de V.»

Aquellos vecinos eran por extremo egoistas; querian estar ellos buenos, y que se muriera el *resto de la Península*.

XIII.

Ya está Dimas instalado en casa de su tío, con gran ventaja de éste, á quien asiste con filial cariño, y notable alivio de Cármen, que puede así dedicar á su hijo todo el solícito cuidado que necesita esta criatura. El bueno de Dimas se ha entretenido en escribir en doscientas tarjetas blancas lo siguiente:

«D. Dimas Gomez, médico-cirujano, ofrece á usted su casa, calle de la Comadre, núm. 101, cuarto

principal.—Consulta todos los dias, de diez á una, y los domingos para los pobres.»

Y él mismo las repartió en las tiendas y en las habitaciones de la calle donde vivia, y esperó tranquilamente el resultado.

El dia siguiente recibió muy de mañana á un hombre del pueblo, que se dijo vecino, como que en frente, al lado del cirujano-comadron, tenia un despacho de carne y embutidos, Dios sabe de qué.

—He recibido, dijo á Dimas, la tarjeta de V., y vengo á ver si tiene V. buena mano conmigo.

—¿Qué padece V.?

—Le diré á V.: el cirujano de enfrente, desde aquí se ve su tienda, junto á la mia, es un animal, aunque me esté mal el decirlo, y cada vez que me pongo en sus manos, hace conmigo una barbaridad.

—Le trata V. con demasiada severidad.

—No, señor, no, es muy bruto. Ya me ha sacado dos muelas, y vea V. cómo me ha puesto la boca.

—¡Ah! ¿es ese el padecimiento de V.?...

—Sí, señor.

—Entónçes... yo soy médico.

—Bien, por eso vengo.

—Quiero decir, que no tengo costumbre de sacar muelas.

—¡Hombre!... pues, ¿qué clase de médico es

usted?... ¡Hasta ahora sí que no me ha pegado usted á la pared!... ¿Con que tendré que ir á que otra vez me rompa D. Roque las quijadas?...

Dimas necesitaba acreditarse y tener parroquia; dejó á un lado su dignidad profesional, y dijo al vecino:

—Vaya, veamos.

Y el enfermo abrió una boca enorme, y enseñó unas muelas que daba horror verlas. Dimas se espantó.

—Tengo la boca perdida, ¿eh?... preguntó el paciente.—Ese bribon de D. Roque...

En efecto, en aquella boca habia hecho horrores el cirujano D. Roque.

Dimas le examinó detenidamente, le dió una receta, le dispuso un régimen conveniente, y le aseguró que se mejoraria.

Cura fué prodigiosa la del vecino, que contó á todo el barrio el milagro que con él habia hecho D. Dimas; todo el mundo celebró el fausto suceso, y sobre todo la mujer del paciente, porque cuando le dolian las muelas, sin duda se le aplacaba el dolor, ó le distraia, zurrando la badana á su amada esposa, y desde que no le dolian, cesó en sus malos tratamientos, y se hizo amable, fino y obsequioso, con lo cual aumentó el número de sus parroquianos, y creció la prosperidad de su casa.

Pero la curacion del vendedor de embutidos sospechosos le valió á D. Dimas, además de dos

gallinas y una docena de chorizos que le regaló la esposa, el odio más profundo é implacable del cirujano D. Roque, y sobre todo de la mujer de éste, que se llamaba D.^a Rosa, y debiera haberse llamado D.^a Roca, que habria sido el propio nombre en mujer que, como ella, tenia alma dura y empedernido corazon. D. Roque comprendió que su reputacion estaba en grave peligro, y que iba á perder todos los partos de la vecindad, que eran muy frecuentes; y era que la conciencia le decia claramente lo extraordinario de su ignorancia y su osadia, pues siendo el bueno de D. Roque un simple sangrador, se habia atrevido á las más altas empresas facultativas, asistiendo á todo el que tenia la desgracia de llamarle, y enviando á la eternidad á no pocos. Desde el momento que un verdadero médico venia á hacerle la competencia, el hombre estaba perdido.

Pero no era D.^a Rosa mujer que se amilanara tan fácilmente como su marido, y tenia un arma poderosa para vencer, no digo yo á D. Dimas, que era un hombre sin malicia y á la buena de Dios, sino á todo el protomedicato que se hubiera puesto enfrente de su marido. Esta arma poderosa era la lengua. La de D.^a Rosa superaba á las famosas hojas toledanas, á los puñales de Albacete y á todas las armas conocidas. Nadie habia salido ileso en el barrio de la lengua de D.^a Rosa. ¿Cómo habia de resistir á sus golpes aquel mediquillo infe-

liz?... Ella le obligaría á marcharse de la calle, y del barrio, y hasta de Madrid.

No se crea que todo esto lo haría D.^a Rosa por el bien y el prestigio de su marido; sería no conocerla, porque ella, que no podía ver á nadie, á quien ménos podía ver era á su marido, de quien tenía la más desventajosa opinion, y á quien despreciaba altamente; todo lo haría por ella; porque no disminuyeran los ingresos en su casa, con lo que nada tenía que ver su marido, á quien habia acostumbrado á no quedarse ni con seis cuartos de una barba, y no le permitía más gasto que una cajetilla de siete cuartos cada siete dias.

Dimas tenía ya algunas visitas; y si las más eran gratuitas, por ser pobres los pacientes, en cambio le pagaban otras á tres ó cuatro reales, y un dia con otro podía ganar cinco ó seis pesetas, que le venian muy ricamente para ayudar á los gastos de consideracion que exigia el estado del paralitico; no podía éste comer otra cosa que manjares delicados, y caros por consiguiente, y en invierno necesitaba mucho fuego en la chimenea, y en verano habia de salir en coche á respirar el aire del campo.

Así pasó un año, un año de improbo trabajo para Dimas y de constante martirio, porque allí, al lado de Cármen, admirando su virtud, contemplando su abnegacion, se habia despertado en él aquel amor que habia sido la única esperanza de

su vida, llegando á ser pasion abrasadora que ardia en el pecho violenta cuanto más queria sofocarla. Y Cármen tambien, aunque ni á sí misma lo decia, amaba ya al médico, enamorada de aquella alma tan noble, tan generosa, tan bella, y ambos pasaban largas horas de insomnio, pensando en su amor imposible, en aquel amor que era preciso ahogar en el corazon.

Cármen, cuando sentia los impulsos de su amor, se abrazaba á su hijo. y allí encontraba gran consuelo.

Para Dimas no habia consuelo alguno en el mundo; á nadie habia amado más que á Cármen; ningun alivio hallaban sus dolores; la fatalidad le habia condenado al aislamiento, á la soledad.

Y sin embargo, estos dos héroes, que tan enérgicamente luchaban con la pasion que devoraba sus corazones, eran vilmente calumniados.

Doña Rosa se vengaba. La inaccion en que vivia su marido, sin matar á nadie, reducido á raturar á los chalanes y trajinantes de la calle de Toledo, y á los aguadores de la Fuentecilla, habia disminuido considerablemente los ingresos en la casa, y era preciso lanzar de allí al incómodo rival.

Nadie, en la calle ni en el barrio, hacia caso del sangrador desde que habia venido por allí un médico de más acierto y mejores formas; pero de la mujer de D. Roque todos hacian caso y á todos les

gustaba oirla, porque era la única en diabólicas invenciones en desdoro del prójimo, y quitaba el pellejo á cualquiera con mucha más suavidad que su marido la barba á los chalanes de la calle de Toledo.

Y yo no sé qué singular encanto tiene la calumnia, que en oirla, y apadrinarla, y propalarla, se complacen aquellos mismos que no conocen á la persona calumniada ni de ella tienen motivo alguno de queja: la calumnia vertida por los impuros labios de la vengativa barbera fué creida y comentada, y corrió de boca en boca, de calle en calle, de casa en casa.

Doña Rosa hizo creer con sus risitas, sus medias palabras, sus reticencias y sus groseras indirectas, que el médico y Cármen eran amantes, que lo eran ántes de enviudar Cármen, y que el jorobadito era hijo de ambos; por lo cual el marido de Cármen habia querido matarla, y lo hubiese hecho á no ser porque se murió él, que siempre, decia D.^a Rosa, se muere el que más falta hace.

Y Cármen, á consecuencia de los embustes que contaba la sangradora, sufría soeces chanzas, que al principio no comprendia bien, porque en su alma buena no podia imaginar cuán grande es la humana perversidad, pero que al fin hubo de entender, llenándola de amargura.

Salía de casa con su hijo, y una vecina la de-

tenia, pretextando deseo de saber cómo estaba el niño.

—¡Angelito!... yo creí que se le moría á V.; pero, hija, como su padre es médico...

—Su padre no existe, señora, decia humildemente la buena madre.

—¡Jesus! pues ¿quién me ha dicho á mí que su padre es el médico D. Dimas? .. ¿No vive con usted D. Dimas?

—Sí, señora, es mi primo...

—Ya me hago cargo. Pues, hija, como da la casualidad de que se parece tanto el niño á D. Dimas, no tiene nada de particular que una se equivoque sin querer...

Una viejezuela, vecina de la misma casa de Cármen, la detuvo un dia en la escalera para manifestarle la extrañeza que le causaba que una jóven como ella, tan hermosa, estuviese entretenida de tal suerte, viviendo con un hombre tan mal dotado por la naturaleza y tan pobre.

—Hija, póngase V. en mis manos, que yo le aseguro que en coche tirado por cuatro caballos ha de verse, y han de tener á V. envidia las grandes de España.

Cármen contestaba con la altivez de la inocencia ofendida á la miserable zurcidora, y ésta murmuraba:

—¡Ay, qué tonta es V., hija! ¡Perder así la hermosura!...

Y la infeliz madre quedaba allí derramando preciosas lágrimas, y pidiendo á Dios fuerzas para sufrir más.

Dimas ignoró todo esto mucho tiempo; corazón generoso, no podia imaginar que la calumnia inmundada se ensañase en quien, como Cármen, era digna de todo respeto, de admiración general.

Un día, un vecino, un gran *patriota*, maton á quien habia curado de cierta enfermedad, le encontró en la calle.

—Desesperado voy, D. Dimas, le dijo.

—¿Por qué?

—¡Hombre! eso no se pregunta; por mi mujer. Me ha hecho una perrada... Voy á hacer con ella...

—Calma, hombre, calma; vea V. lo que hace.

—Amigo, esto del matrimonio yo no lo puedo sufrir. Todos debíamos vivir como V.... V. sí que es pillo y lo entiende.

—¡Cómo! ¿qué dice V.?

—¡Hombre! hágase V. de nuevas. ¿Cree usted que no se sabe?...

—¿El qué?

—¡Canario!... que tiene V. su avío en casa.

—¿Mi qué?...

—¡Otra!... su *encalomo*, su arreglito... esa jóven... eso sí, ella es guapa... y parece muy buena... No se case V. con ella, porque en casándose será una culeb...

No acabó la frase el patriota, porque Dimas le

sacudió tal bofetada, que el hombre fué á dar con la cabeza en el guardacanton, y se le abrió en ella un boquete enorme.

Y allí estaba á punto D.^a Rosa, en la puerta de la barbería, que salió á la calle, alborotó, recogió al herido y le hizo entrar para que le curara su marido; y le arregló y vendó gratis la cabeza, porque D.^a Rosa estaba ya bien pagada con que se hubiera ocasionado el escándalo, que le daba largo que contar en daño del médico *entruso* en el barrio, como ella le llamaba.

Dimas supo entónces, cuando refirió á Cármen el suceso, todo lo que se decia de ellos, y todo lo que ella sufría.

—Será preciso separarnos, dijo la resignada madre.

—¿Y crees tú que por eso haremos callar á la calumnia?... No: la víbora nos ha mordido, y su mordedura es mortal. Somos inocentes; tú eres tan casta y tan honrada como siempre fuiste, y yo sé cumplir mis deberes. Bástenos la satisfaccion de nuestra conciencia, y despreciemos á esos miserables que, porque ellos no son capaces de nada noble y digno, están dispuestos siempre á creer que los demás son iguales á ellos, y desconocen el bien porque no comprenden más que el mal. No podemos separarnos; yo no puedo abandonar á mi tío; tú no has de irte de casa de tu padre.

No habia la calumnia dicho todavía su última

palabra respecto de Cármen y Dimas. Todavía no se alejaba de allí el médico, que tanto estorbaba á D.^a Rosa, y era preciso que el médico se fuera.

La calumnia es muy fecunda en recursos. Díjose en el barrio que el padre de Cármen se había opuesto siempre á los amores de ésta con Dimas, pero que éste había logrado vivir en la misma casa de su amante, gracias á que el pobre D. Julian se había quedado lelo y paralítico. Y esta desgracia no era natural, sino consecuencia de algun brebaje que el médico le había hecho tomar.

—Puede, decían los más dispuestos á la benevolencia, que la hija no lo sepa, que no haya sido cómplice...

—Bien puede ser así, observaba D.^a Rosa; pero se me hace muy cuesta arriba creer que no sea sabedora ella también.

—Ella podrá ser muy mala, pero no lo parece, decía D. Roque, el matasanos, que en el fondo no era un mal hombre, y no tenía gran fe en la veracidad de su mujer.

—No hagan Vds. caso á éste, que parece tonto, y lo es de capirote. Capaz será de decir que tampoco D. Dimas le ha dado al pobre viejo una bebida para entontecerle.

—No decía yo tanto, pero ya que lo dices tú, es verdad que no creo haya hecho tal cosa...

—Anda, hombre, anda, que una albarda merecias por simple, y por bruto, y perdona que te

lo diga. Y si no fuera porque yo tambien *padezgo*, te estaria bien empleado que ese médico de los demonios, que ya te ha quitado todas las *vesitas*, te hiciera ir á San Bernardino.

La tremenda acusacion cundió entre el ignorante vulgo, entre la plebe inconsciente, como ahora se dice, tan dispuesta siempre á creer lo malo, sobre todo, si se trata de cosa que lastime á personas superiores, cuya superioridad conoce y no quiere confesar; y así Cármen y Dimas, tan buenos, de tan entera y acrisolada virtud, fueron tenidos por dos criminales, que habian hecho enmudecer á un anciano, matando su inteligènciã, y paralizando su cuerpo, para poder ellos gozar tranquilamente sus impuros amores.

Dimas fué llamado ménos frecuentemente á visitar enfermos, y D. Roque vió con asombro que se acudió á él en algun caso de medicina, de que no entendia una palabra, prefiriendo los enfermos, sin duda, su ignorancia inocente á la ciencia criminal del tremendo médico, que seria capaz de los más graves atentados, á juzgar por lo que habia hecho con el desventurado viejo.

Y doña Rosa sintió un regocijo, sólo comparable al que debe sentir el demonio cuando se tope con ella en los infiernos.

Dimas traducia una obra de medicina para un editor, que le pagaba á dos duros el pliego de 32 páginas, con lo que venia á sacar un jornal de

unos doce ó catorce reales, y esto le hacia tolerable la falta de visitas á peseta.

Habian pasado cuatro años más, cuatro años de amarguras y dolores para los pobres enamorados, que ambos lo estaban, aunque no se lo decian. Angel estaba muy enfermizo, muy delicado, pero ya era un niño inteligente, y cuando sus males se lo permitian iba á la escuela, que estaba inmediata á su casa, bien que más que en la escuela aprendia junto á su madre, que, como le habia enseñado á leer, le enseñó á escribir. Si le enviaba á la escuela era para que se fuera acostumbrando á ver gente, y porque en las horas que en ella estaba podia la triste dedicarse á sus labores tranquilamente, toda vez que no tenia que cuidar de no dejar al niño acercarse á su abuelo: ya recordará el lector que el paralítico habia cobrado odio invencible á la inocente criatura.

El niño no iba de muy buena voluntad á la escuela porque no era tratado con cariño por sus compañeros. Era el chico poco agraciado, en verdad, tenia una pobre apariencia que acusaba su debilidad, y los demás chicos, dando pruebas desde tan tierna edad del mezquino espíritu que distingue á los hombres, abusaban de la flaqueza de su condiscípulo y tratábanle con despego y áun le maltrataban. Así se educa á los niños, y así se les hace hombres llenos de soberbia, intolerantes

y mal intencionados: los padres de aquellos niños no les hacían comprender que la desgracia merece respeto y simpatía, que el mal ajeno debe compadecerse, y que todos somos hermanos...

Un día, un chico, el más grandullon, ese grandullon que hay siempre en toda escuela, más torpe que los pequeños, y á quien no le entran las letras con cuchara, ni con sangre, ni de ningun modo, dió un empujon al inofensivo Angel, y le hizo caer de bruces, lastimándose el niño en los labios y en la frente. Angel le reprendió por su brutalidad y le amenazó, el inocente, con que su mamá iria á contar al padre de su agresor el proceder de éste.

Y el chico bruto, que era digno hijo del patriota á quien Dimas tuvo que sacudir la tremenda bofetada, y que, si no tenia memoria para aprender las letras, la tenia para acordarse de todas las barbaridades que oia en su casa y en la vecindad, le replicó estúpidamente:

—Sí, que vaya tu madre á decirlo eso á mi padre, y mi padre irá á decir á la justicia que tu madre ha envenenado á tu abuelo, y por eso está el pobre que se ha vuelto tonto, y no se puede mover.

Hasta los chicos repetian la calumnia inventada por doña Rosa.

Angel calló y se echó á llorar. Sintió impulsos de arrojarle sobre aquel insolente chicuelo;

pero era tan débil... y además no comprendia bien todo el alcance de la horrible injuria que le habia lanzado al rostro el miserable. Lloró mucho y volvió á su casa con los ojos inflamados, y se arrojó en brazos de su madre, diciendo que no queria volver á la escuela. Por su mismo hijo supo Cármen la vil calumnia fraguada contra ella; habló á Dimas, y convinieron que era forzoso ceder y alejarse de aquella funesta calle, aunque hubiera de pagarse una habitacion de más precio que el en que se podria arrendar la que se dejaba.

Dimas buscó la habitacion en el otro extremo de Madrid, la halló al fin á los pocos dias, y convino con Cármen efectuar la mudanza en la siguiente semana, pues aún habian de hacerse algunas reparaciones en la nueva casa.

XIV.

Tres dias ántes del señalado para la mudanza, estaba enfermo Angel, y se habia quedado en cama; su madre le hacia tomar una medicina, cuando vió por la ventana del patio como una densa niebla. Abrió la ventana; no era niebla,

era humo espesísimo, que entrando en la habitación, hizo toser penosamente al enfermito.

—¡Fuego! gritó la madre, y envuelto en las sábanas, tomó en los brazos á su hijo.

—¡Fuego! se oyó gritar al mismo tiempo en el patio, y en las buhardillas y en la calle.

—¡Mi padre! ¡mi padre!... exclamó Cármen.

Dimas no estaba en casa; era imposible que ella sacase en brazos á su hijo y al paralítico.

—¡Oh! si mi padre no se salvá, que se salve mi hijo, y luego vendré á morir con mi padre.

Y fué á salir por la puerta de la escalera, al mismo tiempo que, habiéndose abierto la que en el portal daba entrada á la cueva, las llamas llenaron el portal, y empezaron á prender en los peldaños de la escalera.

Cármen retrocedió, pero su hijo gritaba lleno de espanto; la incomparable madre midió el peligro; comprendió que dentro de breves momentos era imposible salir, y besando á su hijo, se lanzó á la escalera, y llegó á la puerta de la calle, y allí le entregó á un soldado que llegaba en aquel momento.

—Ya estás en salvo, dijo; ahora que Dios te proteja.

Y volvió á subir la escalera, y por milagro de la Divina Providencia, no prendieron las llamas en su vestido.

—¡La Santísima Virgen me valga! decia Cár-

men, corriendo á la habitacion donde, clavado en el sillón, estaba el infeliz paralítico.

—¡Padre! ¡padre! exclamó como si en aquel supremo trance hubiera de recobrar el enfermo la inteligencia; aquí vengo á morir contigo...

—Y el paralítico la miraba fijo, y luego miraba perezosamente en derredor, buscando, sin duda, á Dimas, que era con quien mejor se avenía el viejo.

Cármen, arrodillada delante de su padre, le besaba las manos y rezaba pidiendo á Dios que amparase á su hijo, y apenas oía los gritos de los trabajadores y el fuerte rumor de las gentes que habian acudido al siniestro.

La habitacion del paralítico era la más retirada de la casa, pero ya el humo la habia invadido, y Cármen oyó gritar:

—¡Hay una mujer dentro!

—¡Y un viejo baldado!

—¡Aquí!... ¡Aquí!... gritó la desdichada con el ansia de salvar á su padre y de salvarse, no por ella, sino por su hijo, porque sin ella, ¿qué sería de su hijo?

Y oía golpes en las paredes, y el resplandor de las llamas llegaba á la habitacion, y el paralítico respiraba trabajosamente en aquella atmósfera, y se agitaba convulsivamente en el sillón.

—¡No hay esperanza! Dios mio, te encomiendo mi hijo, exclamó Cármen, y al mismo tiempo

empezó á caer la pared, delante de la cual estaba el sillón del anciano.

—¡Cármen! ¡Cármen! gritó Dimas, y al mismo tiempo cayó un trozo de pared, y penetraron dos trabajadores que cogieron al enfermo, y por el hueco abierto en el muro le pudieron trasladar á la casa inmediata. Cármen salió detrás, y corrió á buscar á su hijo, que en brazos del soldado á quien le confió la aturdida madre, estaba lleno de mortal angustia.

Dimas habia llegado oportunamente poco despues de comenzar el incendio, pero ya era imposible penetrar en el portal, convertido en una hoguera. En aquella angustia, Dimas recordó que á la habitacion de su tío se podría llegar horadando el muro de la casa que en la calle paralela correspondia con la que el incendio devoraba. Y habiendo dicho al arquitecto municipal que dentro de la casa habia dos personas que sólo así podrian salvarse, mandó aquel funcionario que los más hábiles trabajadores, á las órdenes del médico, rompiesen la pared, como lo hicieron con el mejor éxito. Si un momento más hubieran tardado, habrian hallado sólo dos cadáveres.

Cuando llegó la noche, la casa de D. Julian era un monton de ruinas; Cármen habia perdido lo único que tenia para su hijo, porque la casa no estaba asegurada á la sazón.

¿Cuál fué el origen del terrible incendio?...

La mujer de D. Roque y el grandullon de la escuela, hijo del maton á quien Dimas dió la merecida bofetada, eran los únicos que lo sabian.

XV.

Nada se habia salvado del incendio; ni los pequeños ahorros que tenia Cármen, ni las ropas, ni los muebles, y de la casa sólo habia quedado el terreno donde estuvo edificada. Hasta la obra que Dimas estaba traduciendo se habia perdido, y era preciso comenzar de nuevo el trabajo.

Cármen no podia reedificar la casa, y pensó vender el terreno. Recordó que un amigo de su padre habia alguna vez manifestado deseos de adquirir la finca para derribarla y levantar otra, y fué á proponerle la compra del terreno.

Era el amigo de su padre un procurador que ya no procuraba más que por sí mismo, llamado D. Liborio Roldan, solteron, con fama de avaro y de rico. Recibió bondadosamente á Cármen, se mostró muy sensible á su infortunio, aceptó la proposicion de compra, pero manifestó que nada definitivo haria hasta pasados dos meses, por tener que atender á otros negocios perentorios.

—Pero como quiera, dijo á Cármen, que al fin adquiriré la casa, y que V. tendrá necesidad de

algunos recursos, puesto que todo lo ha perdido en el fuego, va V. á hacerme la merced de aceptar estos dos mil reales á buena cuenta.

Y se los puso sobre la mesa.

—Señor, yo no sé si debo recibir...

—Es lo ménos que puedo hacer por la hija de tan buen amigo.

—Confieso á V. que en estos momentos es un gran beneficio para mí poder disponer de esa cantidad, pero no me atrevo...

—¡Por Dios!... esos escrúpulos son muy honrosos, pero ningun favor hago á V. con darle este dinero, que luego descontaré de la suma total.

—Daré á V. un recibo

—Como V. quiera.

Cármén bendijo la mano generosa que le daba aquel auxilio en tan apurado trance, y pudo instalar á su padre y su hijo en la nueva casa. Tambien Dimas logró que el editor de la obra, compadecido, le adelantase alguna cantidad por su trabajo, que volvió á empezar.

A los dos meses el paralítico se durmió dulcemente en brazos de la muerte.

Y llegó el tremendo instante, que tanto temia Dimas, de separarse de Cármén, á quien cada vez amaba con más pasion; pero no habia otro remedio. Era preciso evitar que la murmuracion y la maledicencia volvieran á ensañarse en la dignísima y amante madre.

Ambos habian sabido ahogar los impulsos del amor, más grande en Dimas á medida que aumentaba el infortunio de su prima, y tanto más firme en Cármen cuanto que cada dia tenia nuevas ocasiones de admirar la abnegacion, la pureza, el desinterés, el amor infinito del pobre médico.

Para ambos era igualmente dolorosa la separacion, pero ambos tenian la conciencia de su deber, y, cuando se trataba de cumplirlo, mostraban la misma energía y firme voluntad; que ya estaban de antiguo acostumbrados al sacrificio. Dimas fué el primero que habló de separacion.

—Duéleme, le dijo, que hemos de separarnos ahora para siempre.

—Sí, hermano mio, es preciso.

—¿Qué va á ser de ti?

—Dios me ayudará.

—Yo he pensado tanto, he soñado tanto... que alguna vez creia haber hallado medio de no separarnos.

—¿Cuál, hermano mio?

—Podríamos casarnos.

—¡Oh! ¡no! diria el mundo que ese matrimonio era consecuencia de que ántes habíamos olvidado nuestros deberes: además, yo soy madre, y todo mi amor debe ser para mi hijo, sin que éste deba á nadie nada. Es forzoso, como has di-

cho, separarnos para siempre. Sola, pobre, yo haré de mi hijo un hombre útil y honrado, si Dios nos conserva la vida á los dos, y un dia podré decirle:—«Hijo mio, tu madre no ha gozado de su juventud, no ha tenido momento de reposo, no ha logrado un instante de ventura en tantos años, todo por tí, por salvarte á tí, porque tú vivas, porque tú la encuentres digna de tu amor, porque tú debas vida, salud, instruccion, honra, todo, á tu pobre madre.»

—Eres una santa.

—No, hermano mio, soy madre nada más. Así entiendo yo el amor de madre, y así serán todas las madres en el mundo. Si yo no fuera así me consideraria la mujer más despreciable de la tierra.

Dimas volvió al pueblo, donde tan buen recuerdo habia dejado, y el profesor que á la sazón habia le cedió el puesto y se trasladó á otro cercano. Aquellos vecinos habian tenido ya varios médicos durante la ausencia de Dimas, y ninguno logró simpatías allí donde no podia ser olvidado el que tanto hizo por todos en la terrible epidemia.

Y Cármen quedó sola con su hijo, que cada vez necesitaba más cuidados y gastos, pero á fé que habia quien se interesaba mucho por ella.

D. Liborio, el amigo de D. Julian, que tan oportunamente adelantó á Cármen dos mil reales

á cuenta del producto en venta del terreno propiedad de la huérfana, le hacia frecuentes visitas, y siempre le ofrecia recursos, que Cármen no queria aceptar miéntras aquello no se formalizara.

Un dia Cármen, decidida á que D. Liborio explicase por qué diferia la compra, le dijo:

—Amigo mio, necesito vender el solar. Mis recursos se acaban, el trabajo no me produce lo suficiente, y no quiero que V. me adelante más dinero.

—Yo siempre estoy dispuesto...

—Lo sé, y agradezco á V. sus favores, pero no me es posible admitirlos.

D. Liborio creyó llegado el momento oportuno, y descubrió á Cármen el secreto de la proteccion que le dispensaba; el viejo solteron estaba enamorado de la hija de su amigo, enamorado furioso, como se enamora un viejo que en su juventud no ha amado.

Ofreció D. Liborio lo que puede efrecer un hombre como él, dinero, mucho dinero; pero Cármen rechazó indignada aquel amor de quien le hacia la injuria de suponerla capaz de venderse.

D. Liborio instó, rogó, suplicó, ofreció muchísimo dinero, una casa en el mejor sitio de Madrid, coche, comodidades de todo género, y cada nueva oferta indignaba más y más á la honrada

mujer, que al fin mandó salir de su casa á quien tan miserablemente la ofendia.

—Señor mio, le dijo, hágame V. el favor de no volver por esta casa, si no es en el caso de que venga V. á formalizar el contrato de venta.

—Usted pensará mejor lo que le conviene. No olvide V. mis beneficios.

—Ningun beneficio me ha hecho V.

—¿Cómo?

—Ninguno. Si V. ha de quedarse con esa propiedad mia, todo lo que ha hecho V. es adelantarme alguna cantidad en pago. Decidase V., pues, á terminar este asunto.

—Volveré, y creo que encontraré á V. más razonable.

—Es inútil que venga V. á otra cosa.

—Presumo que no será inútil.

—Si no termina V. el negocio de la venta, buscaré otro comprador, y devolveré á V. su dinero.

—Eso no lo puede V. hacer.

—¿Cómo nó?

—Pruebe V. y veremos.

—¿Usted me amenaza?

—No, pero considere V. que el amor á mi edad es una pasion más violenta, más vehemente que en la juventud; yo estoy enamorado de V., y este amor humillado, despreciado por V., puede convertirse en odio mortal. Soy muy rico; todo se lo doy á usted, todo...

—Preferiria morir en la miseria con mi hijo.

—Por su hijo de V. acepte lo que le ofrezco.

—¡Miserable! ¿Qué alma, Dios mio, es la de este hombre que invoca el nombre de mi hijo para proponerme la deshonra?... Salga V. de mi casa. Por Dios que nunca pude imaginar que tanta maldad y tanta hipocresia hubiera en el mundo.

D. Liborio salió desesperado y respirando odio y venganza, y Cármen comprendió que algo tenia que temer de aquel hombre.

Cada vez eran más escasos los medios de subsistencia con que podia contar. Su trabajo no bastaba; Angel seguia siempre delicado, y ya le volvian á desahuciar los médicos, asegurando que no pasaria de los quince ó diez y seis años... La triste madre sufría, sin murmurar una queja, se privaba del alimento ó le tomaba malo y escaso para poder dar á su hijo manjares sanos y nutritivos, para que no le faltaran las medicinas, abrigo, libros...

Un dia se decidió á escribir á D. Liborio para recordarle su promesa de comprar el solar.

Acudió el viejo, afable, sonriente, y volvió á hablar de su amor, como si le complaciera hacer sufrir á la pobre mujer. Esta le rechazó, como siempre, pero humilde, haciéndole reflexiones amistosas y llenas de razon; insistió el viejo, y Cármen se vió precisada á emplear otro tono, el que convenia á su dignidad ofendida y á la avilantez de su ofensor.

—Cármén, dijo éste, V. desea acabar el asunto pendiente entre nosotros: yo también; V. elegirá lo que más le convenga: ó la riqueza, el lujo, el esplendor, la felicidad, en fin, ó la miseria y el abandono.

—Señor mío, yo no tengo que elegir más que lo que es mío; no quiero más que el producto de la venta de mi casa.

—Esa casa es mía ya.

—¿De V.?

—Sí: en este papel lo ha firmado V.

—¡Oh! ¡qué infamia! exclamó Cármén.

—Usted misma se empeñó en firmarme ese papel la segunda vez, cuando la muerte de mi amigo D. Julián, que tuve el gusto de adelantar á V. alguna cantidad.

—Yo firmé un simple recibo. En aquellos angustiosos momentos, yo no leí lo que V. había escrito, ni podía suponer á V., ni á ningún hombre, capaz de semejante villanía.

—Pues en este papel dice, que ha recibido usted de mí para sus alimentos diferentes cantidades en varias ocasiones, y que no estando satisfechas en determinada fecha, se entiende que pasa á ser de mi propiedad el solar.

—¿Y esa fecha?...

—Esa fecha ha pasado ya hace ocho días. El solar es mío.

Cármén quedó anonadada ante aquella reve-

lacion. No acababa de entender bien lo que le decia el amigo de su padre: su conciencia se negaba á persuadirse de accion tan inícuca...

—Por Dios, repita V. lo que acaba de decirme, dijo á D. Liborio.

Este repitió con singular complacencia la explicacion.

—Tiene V. razon, repuso Cármen con el más profundo desprecio; la casa es de V., no se la disputo; es de V. como es del ladron en despoblado todo lo que llevan los viajeros á quienes se lo roba. ¡Fuera de mi casa!... ¡Y queria V. que eligiera entre la miseria con mi hijo y la riqueza al lado de usted!... ¡Infame! No sólo me roba V. lo que es mio, sino que hasta ha llegado V. á creerme capaz de ser tan infame como V.

Don Liborio rugia como una hiena que siente en su cuerpo el contacto del hierro candente del domador, y Cármen tuvo miedo. Veia que aquel hombre, lleno de pasion, excitado por el deseo de venganza, iba á arrojarse sobre ella. Corrió al balcon, le abrió, y dijo á D. Liborio:

—Si da V. un paso hácia mí, pido socorro, grito ¡Ladrones! y... no diré más que la verdad.

El viejo salió desesperado, ebrio de furor y de odio, no satisfecho todavía con dejar en la miseria á la madre desventurada.

XVI.

No haré al lector la penosa narracion de los apuros, de las angustias que pasó Cármen para conservar, en los años más peligrosos para él, la existencia de su hijo. Trabajando todo el dia, trabajando la mayor parte de la noche, pasaba los años la incomparable madre, mal alimentada, peor vestida, sin un momento de calma, sin reposo, sin cuidar de su propia salud. Pero en medio de este incesante trabajo, superior á sus fuerzas de mujer, pero no á sus fuerzas de madre, Cármen gozaba en su misma angustia, porque veia que su hijo vivia, que ella poco á poco iba triunfando en la batalla que habia empeñado con la muerte, que no cesaba un momento de acechar y amagar á su hijo.

Y no cuidaba sólo de la vida material de su hijo; cuidaba tambien de la vida moral, de su instruccion; ella buscaba en los puestos de libros viejos los mejores para su hijo; ella, haciendo prodigios de economía, prodigios imposibles, pagaba las matriculas en la Universidad; ella, en fin, se opuso siempre á que su hijo procurase ganar algo

sirviendo de amanuense á algun particular, porque esto le hubiera distraido de sus estudios.

Pero, pensará el lector, todos estos sacrificios los veria recompensados con el amor de su hijo, y esto hace venturosa á la madre más pobre y miserable. Es cierto; Angel amaba á su madre, pero tenia un carácter reservado y melancólico, efecto acaso de su pobre naturaleza, de sus constantes padecimientos, y nunca hallaba en él su madre la expansion del cariño apasionado, y no le extrañaba, no, ni se apenaba de la reserva de su hijo, porque á ella le bastaba para su satisfaccion hacer bien á su hijo, aunque él fuera insensible, aunque ni siquiera fuese agradecido.

Angel tenia alguna disculpa: le faltaba la virtud de la resignacion, que en tan alto grado poseia su madre, y la idea de que su figura sólo podia mover á risa á los malos y á compasion á los buenos, le mortificaba mucho. Esto le hacia receloso y susceptible en extremo; su madre previno los efectos de este carácter; con su instinto de madre se persuadió de que su hijo necesitaba tener algun afecto, alguna aficion poderosa, algun gran estímulo que fuera bastante fuerte para mitigar su pena, para hacerle sobrellevar la desgracia; y se dedicó con incansable ahinco á desarrollar en su hijo el amor á los libros, el deseo de saber.

—Él, se decia la madre siempre vigilante y previsora, cobrará aliento, se resignará á ser tan

poco favorecido por la naturaleza, cuando se persuada de que la instruccion y el talento pueden hacerle más estimable, más digno del aprecio y de la admiracion de las gentes que si tuviera la apostura y gentileza que tanto envidia en los demás.

Y proporcionó á su hijo libros de historia, de bellas artes, de literatura, de todo, ménos de medicina, porque consideraba que hubiera sido para él una gran desgracia aficionarse á esta ciencia, cuyo estudio ha de ser tan penoso para quien goza poca salud. Y logró lo que deseaba la amante madre. Angel se aficionó grandemente á la arquitectura, y repasando en los libros las hermosas láminas que reproducian los grandes monumentos arquitectónicos del mundo, soñó con llegar á ser él autor de obras tambien grandes é imperecederas.

—¡Qué gloria para mí, pensaba, si un dia las gentes se detuvieran admiradas delante de un templo, de un monumento maravilloso imaginado, creado por mí!... Dirian: «El autor es un jorobado, un sér imperfecto, contrahecho; pero si su figura es raquítica y miserable, su genio es grande, poderoso, tanto que produce ese asombroso testimonio de piedra para admiracion de los siglos.»—Esta, esta es la única gloria que me satisface, esta es la que quiero obtener

Y Angel se aplicaba extraordinariamente, y ya

trazaba en el papel columnas, pórticos, frontis, escalinatas, y daba claro indicio de que efectivamente le sobraba genio para adquirir gloria en tan loable empresa.

Y en estos sueños de gloria, y visitando bibliotecas cuando se lo permitia su salud, y estudiando con ansia de saber, llegó Angel á los veinte años, con asombro de todos los médicos que habian tenido ocasion de asistirle, y con regocijo inmenso de su madre, que, con ser tan precaria su suerte, era venturosa pensando que habia logrado á fuerza de cuidados y desvelos, que sólo las madres pueden comprender y explicar, conservar la vida de un sér nacido en las más tristes condiciones y con una organizacion tan mezquina que luego se habia desarrollado imperfectamente.

Angel tenia un gran pesar; creia que para completar su educacion artistica le hacia falta ver las grandes obras de arte; ver Roma, sobre todo; pasar allí dos meses, á lo ménos, uno siquiera... Cármen no podia sufragar los gastos de un viaje, y además temia mucho separarse de su hijo, creia que en cuanto se alejase de ella le sucederia alguna desgracia, y se horrorizaba pensando que Angel podria estar enfermo léjos de ella, abandonado en manos de personas extrañas, acaso en un hospital.

Habló de los deseos de su hijo con las pocas personas que trataba, y todas celebraron los pro-

pósitos de Angel, y le dijeron que efectivamente el viaje le serviría de mucho para su salud y para sus adelantos en la honrosísima profesion á que deseaba dedicarse, y en la que tanto prometía sobresalir.

Escribió Cármen á Dimas, y éste contestó que consideraba noble y digno de aplauso el deseo del artista, pero que tuviese en cuenta el estado de su salud ántes de decidirse á emprender el viaje.

Cármen temblaba por su hijo, lo mismo si emprendía el viaje, que si no podía emprenderlo. Si se separaba de ella, ¿á qué eventualidades peligrosas no se expondría?... Si no podía hacer el viaje, ¿qué sucedería apoderándose de él la tristeza?... Angel no tenía otra felicidad que la gloria artística con que soñaba; aquel viaje era para él toda su aspiracion, su más vehemente deseo.

Cármen tomó una resolucion. Se trataba de hacer nuevos sacrificios por su hijo, y ella siempre estaba dispuesta al sacrificio.

Salió un dia y fué á ver al miserable D. Liborio, que le robó su hacienda, y de quien no había querido volver á acordarse. Iba con intenciones de suplicarle que le diera algo más en pago del solar, puesto que realmente no le había dado más que unos cuatro mil reales, la mitad cuando el incendio, y la otra cuando murió D. Julian.

—Si ese hombre tiene un resto de conciencia, se decía Cármen, atenderá mis súplicas, y me